

SIRUELA



EL TESORO
DE LA SOMBRA
ALEJANDRO
JODOROWSKY

ALEJANDRO JODOROWSKY

EL TESORO DE LA SOMBRA
Cuentos y fábulas

 **Siruela**
Libros del Tiempo

Índice

Prólogo

EL TESORO DE LA SOMBRA

- 1 El conocimiento
- 2 La visión del elegido
- 3 El vidente
- 4 Teoría equivocada
- 5 Ideal loco
- 6 Método piramidal
- 7 Inteligencia
- 8 Deseo concedido
- 9 Velorio
- 10 Último suspiro
- 11 La ruptura
- 12 El encuentro
- 13 La libertad
- 14 Sorpresa
- 15 El más allá
- 16 La última odisea
- 17 Arte marcial
- 18 El arquero
- 19 El tesoro
- 20 Delirio de persecución
- 21 Delirio de grandeza
- 22 Adán, poeta
- 23 El perezoso
- 24 Génesis
- 25 Calidad y cantidad
- 26 El perfume de los ojos
- 27 Fiesta inesperada
- 28 Sueños de grandeza

- 29 Ser y parecer
- 30 De profundis
- 31 Peligros de la enseñanza
- 32 El cielo de los otros
- 33 El verdadero milagro
- 34 Peregrino interior
- 35 El engaño
- 36 Happy end
- 37 Ojos que no ven...
- 38 Crimen pasional
- 39 El investigador
- 40 Amor loco
- 41 El virus
- 42 La libertad
- 43 Un filósofo
- 44 Suicidio fallido
- 45 La solución perfecta
- 46 La nota suprema
- 47 Problema-solución
- 48 El regreso
- 49 Mala suerte
- 50 Pesadilla
- 51 Psicomagia
- 52 Poseído
- 53 La última semilla
- 54 Un cobarde
- 55 Cuento de hadas
- 56 Inversamente proporcional
- 57 Nadie sabe para quién trabaja
- 58 El fugitivo
- 59 Unidad de medida
- 60 Amor filial
- 61 El bufón
- 62 La jaula

63 Dentrofuera
64 Conservador
65 Ausencia
66 Propiedad privada
67 Nostalgia
68 El prisionero
69 Las arañas sin memoria
70 Gran ego
71 La segunda visita
72 Pareja ideal
73 Las reliquias
74 El secreto del vino
75 Paciente
76 El espía
77 Cría perros...
78 ¿Madre hay una sola?
79 El leño no hace al dueño
80 El restaurante de los cuervos
81 La fe
82 Nadie sabe para qué trabaja
83 La atención
84 El fin de un noble oficio
85 Sospechas
86 El imposible encuentro
87 Vanidad
88 Encuentros
89 El inmortal
90 La ley
91 Pretensión
92 En la trampa
93 Las metamorfosis
94 Compensación
95 Piedad indiscreta
96 El desarraigado

- 97 Necesitas caret lege
- 98 Un feliz acontecimiento
- 99 El técnico
- 100 Karma
- 101 El enfermo y la bruja
- 102 El símbolo
- 103 Amarras
- 104 Prueba de amor
- 105 Confusión
- 106 Rivales
- 107 Persecución
- 108 Catástrofe
- 109 Los piratas
- 110 El devorador de corazones
- 111 Historia de «amor»
- 112 El milagro y el loro
- 113 Amor maternal
- 114 El gran lama
- 115 La tempocleta
- 116 Alumno activo
- 117 El imitador
- 118 El ocaso de un poeta
- 119 La libertad
- 120 El creador
- 121 Diálogo familiar
- 122 Impaciencia
- 123 Dar y recibir
- 124 Querer y poder
- 125 Impresiones subjetivas
- 126 Venganza
- 127 La estrella caída
- 128 Monjes
- 129 La deuda
- 130 El poeta inculto

131 La verdad
132 Nunca es bastante
133 El sabio
134 El doble
135 Lo mío es mío
136 El ahorro
137 Las moscas
138 El árbol impaciente
139 El mal mendigo
140 Menos
141 La revelación
142 Hombrear
143 Lección
144 Ignorancia
145 Koan
146 Intercambio
147 La meta
148 Invulnerabilidad
149 Adivinanza
150 Infarto
151 Un artista
152 El poder
153 Don Juan
154 La verdadera santa
155 Las mil caras del hombre invisible
156 Educaciones
157 Secretos de familia
158 Acreedores
159 El salvador
160 Buscando lo esencial
161 El laberinto inundado
162 Anomancia
163 Noche de bodas
164 El premio

- 165 Narcisa y la bestia
- 166 El Cimbrín
- 167 La frontera
- 168 El ladrón de voces
- 169 El cura-monasterio
- 170 ¡Arde, bruja, arde!
- 171 Eugenia
- 172 El perro de Ptoxis
- 173 La idea
- 174 Maestro inútil
- 175 Campo de concentración
- 176 Después de la guerra
- 177 El paso del ganso
- 178 Ilusión equina
- 179 ¡Muera la luna!
- 180 La vendedora de lámparas y narices
- 181 El héroe y el idiota
- 182 El último ogro
- 183 La bolita
- 184 El piojo del coronel
- 185 El león y el burro
- 186 Íntima tarea
- 187 El minibar
- 188 Lágrimas de oro
- 189 Epistemología
- 190 Zipelbrum
- 191 El perezoso
- 192 Un marido que repta
- 193 El libro de la muerte
- 194 Misterios del tiempo
- 195 La mejor bicicleta
- 196 El vampiro subversivo
- 197 El loco y el ermitaño
- 198 Garras de ángel (Historia pornográfica)

Créditos

Prólogo

Un mercader, antes de morir, hace esculpir su cuerpo en bronce y deja dicho en su testamento: «Encontrarán un tesoro enterrado donde cae la sombra de mi estatua». Durante todo el año y a todas horas sus hijos cavan la tierra. Pero la sombra indica siempre puntos distintos a medida que el sol recorre el cielo. La búsqueda es infructuosa hasta que un día, exactamente a las doce, un servidor astuto abre a martillazos el pedestal y encuentra el tesoro... Inspirados por esta historia hemos tratado de expresarnos con la mayor brevedad.

EL TESORO DE LA SOMBRA

El conocimiento

Estaba en un desierto. Miró a la derecha y un árbol surgió a su izquierda. Giró la cabeza hacia la izquierda; el árbol desapareció para crecer a su derecha. Ojeó hacia atrás, el árbol apareció delante. Atisbó hacia delante, el árbol brotó atrás. Cerró los ojos para ver si lo llevaba dentro. Se convirtió en ese árbol.

La visión del elegido

«Y apareció Jehová a Abram...» Abram vio a Dios. Es decir no vio nada más de lo que veía de ordinario. Sólo que se dio cuenta de que eso que veía –paisaje, animales y gente– era en realidad Dios.

El vidente

Todos los días, a las doce, cae del cielo una piedra y le pega en la cabeza. Ha terminado por creer que él mismo produce el fenómeno porque, faltando sesenta segundos para mediodía, dice: «Ordeno que en un minuto más caiga una piedra del cielo y me parta la cabeza».

Teoría equivocada

Un filósofo que no podía caminar porque pisaba su barba, se cortó los pies.

Ideal loco

Un arquero quiso cazar a la luna. Noche tras noche, sin descansar, lanzó sus flechas hacia el astro. Los vecinos comenzaron a burlarse de él. Inmutable, siguió lanzando sus flechas. Nunca cazó a la luna, pero se convirtió en el mejor arquero del mundo.

Método piramidal

Empaquetó excrementos, buscó incautos y los convenció de comprar ese producto para que lo vendieran dando a sus futuros clientes las mismas razones con que él los había persuadido. Este sistema creó innumerables revendedores hasta que la insalubridad del producto provocó una peste que los exterminó a todos.

Inteligencia

Lo condenaron a la horca. Pidió que le regalaran un par de botas de plomo.

Deseo concedido

Dijo: «Dios, haz que nada tenga que no sea mío...». ¡Y se esfumó!

Velorio

La caja de un muerto se quejaba amargamente: «¡No es fácil ser ataúd: quien nos hace no nos quiere, quien nos compra no nos usa y quien nos usa nunca nos ve!».

Último suspiro

Que la muerte sea mi perra.

La ruptura

... Y después de verla por última vez se dio cuenta de que la había visto por primera vez.

El encuentro

Temprano, en la mañana, vio venir algo a lo lejos. Primero pensó que era un animal feroz; después, que era un hombre, con seguridad un asesino. A medida que el extraño se le fue acercando creyó ver a un paisano, a un amigo, a su hermano, hasta que al final, a mediodía, se dio cuenta de que era su propia sombra.

La libertad

El árbol decidió viajar. Cuando logró desprenderse de la tierra, se dio cuenta de que sus ramas eran raíces celestes.

Sorpresa

Esa noche el ladrón estaba feliz. La casa oscura no tenía guardián. Forzó la puerta, entró en ella y llenó su saco de tesoros. Se fue corriendo sin mirar hacia atrás. Cuando estuvo a salvo, volvió la cabeza... para darse cuenta de que había robado en su propia casa.

El más allá

De pronto, mientras pataleaba, se dio cuenta de que su ataúd era un huevo.

La última odisea

Partieron en busca de la Verdad. Encontraron a quien los estaba soñando.

Arte marcial

Una vez le preguntaron a un guerrero invencible por qué se paseaba por las calles con un aire tan humilde. Mostró una mano extendida y contestó: «Mis dedos son cinco señores. Estos cinco señores se inclinan ante mí». Fue cerrando la mano hasta convertirla en un puño. «Mientras más humildes se hacen, más fuerza me dan.»

El arquero

Una y otra vez el cuerpo del arquero es atravesado por flechas. Se da cuenta de su verdadera identidad: él es la presa.

El tesoro

Posee, guardado en una fortaleza sin ventanas, un inmenso tesoro. Muy de tarde en tarde lo va a visitar. Con una pequeña lámpara entra en uno de los numerosos cuartos oscuros llenos de objetos preciosos para iluminar sólo un par de ellos. Se va satisfecho murmurando: «Hoy me he enriquecido».

Delirio de persecución

Un insensato no cesaba de quejarse porque lo venían siguiendo sus huellas. En lugar de quedarse quieto, huyó hasta caer muerto de fatiga.

Delirio de grandeza

Un yesero carga un Cristo para llevarlo a una iglesia. Ve que a su paso por la calle los ciudadanos se prosternan. Cree que es un homenaje dedicado a su persona. Se siente divino. Quiebra la escultura y abre los brazos. No comprende por qué lo apedrean.

Adán, poeta

Quiso decir «fuego», le salió una llamarada por la boca. Con terror dijo «abejas», vomitó un enjambre. Ya más cauteloso murmuró «trigo», la lengua se le cubrió de semillas. Estuvo tentado de decir diamantes, perlas, oro, pero aquello se le mezcló con tarántulas, tigres, excremento. Después de horas de mudez, concretando sus ensueños, exclamó «¡Eva!». Le vino un dolor atroz a las mandíbulas, la boca se le fue abriendo de más en más. Mientras una cabeza provista de abundante cabellera comenzaba a surgir partiéndole los dientes, fue perdiendo la respiración y luego la conciencia. El cuerpo de la hermosa mujer, formada con los huesos y la carne de aquel primer hombre, surgió de la piel vacía.

El perezoso

Sabiendo que había nacido para originar una mariposa, mientras sus congéneres se encerraban en laboriosos y oscuros capullos, el gusano se puso a saltar lo más alto que pudo, creyendo así echar alas con más facilidad.

Génesis

De efecto en efecto, Dios logró al fin producir una causa, que de inmediato le arrebató su sitio.

Calidad y cantidad

No se enamoró de ella, sino de su sombra. La iba a visitar al alba, cuando su amada era más larga.

El perfume de los ojos

Las abejas no cesaban de perseguirlo intentando, al parecer, picarle los ojos. El enjambre volaba alrededor de sus párpados que, durante el ataque, él mantenía firmemente cerrados. «¡Estoy enfermo, mis ojos secretan una substancia que las atrae!», se dijo y fue a ver a un viejo oculista. El sabio lo examinó con gran sorpresa. «¡En lugar de globos oculares tienes flores! ¡Son dos rosas blancas!» «¿Entonces, las abejas no quieren enterrarme su aguijón?» «No, muchacho. Sólo quieren beber el néctar de tus lágrimas.» «¿Hay un remedio para esto?» «¡Cesa de creerte enfermo! ¡Ve a perfumar el mundo con tu mirada!»

Fiesta inesperada

El cadáver decapitado lanzó fuegos artificiales por el orificio de su cuello.

Sueños de grandeza

Demoraron siglos en construir una catedral. Cuando la terminaron creyeron que dentro de ella iban a encontrar a Dios. Lo buscaron infructuosamente para al final darse cuenta de que Él no estaba en la forma del santuario sino en las piedras de sus muros. Abandonaron la colosal construcción y comenzaron a adorar un guijarro.

Ser y parecer

Aquella sombra trabajó esforzadamente la mayor parte de su vida, privándose de lujos y placeres. Al fin reunió la suma que necesitaba para comprarse un cuerpo de carne y hueso. Con gran orgullo se lo pegó en los pies y lo obligó a hacer todo tipo de actividades inútiles sólo para lucir su posesión ante las demás sombras que, cansadas de manejar tantos años sus cuerpos, los movían siguiendo un diagrama de gestos banales y fáciles de ejecutar.

De profundis

La puñalada no lo hirió a él sino a su sombra. Venciendo el deseo de replegarse, ella lo siguió, transida de dolor, por todo el mundo. Pero, habiendo perdido agilidad, entrabó sus pasos. Él, con una cruel sacudida, desprendió a su fiel seguidora, para alejarse secundado por una nueva. La vieja sombra, abandonada en un rincón, se fue encogiendo alrededor de la dolorosa cicatriz, que poco a poco se convirtió en una perla.

Peligros de la enseñanza

El Buda, frente a sus reverentes discípulos, predicaba con los pies apoyados sobre un tigre dormido. De pronto la bestia abrió los ojos. Entonces el Buda, siendo sólo el sueño del animal, se disolvió. El goloso tigre devoró a todos los monjes.

El cielo de los otros

En una tarde gris de otoño volaba una mosca azul sintiéndose todo el cielo. ¡Cuánto se burlaron las otras de la vanidosa! Ella, avergonzada, se escondió en la basura. Sin embargo, cuando vino la noche, su pequeño cuerpo se llenó de estrellas.

El verdadero milagro

Un hombre se vistió de Cristo, trepó a un árbol y llamó a gritos a los habitantes de la aldea anunciándoles que era hijo de Dios y que iba a hacer milagros. «Saltaré desde aquí para volar como un águila.» Brincó, cayó al suelo y se rompió una costilla. Los aldeanos lo insultaron, tratándolo de impostor. Éste, alzándose con trabajo, les dijo: «Si ustedes tuvieran fe en mí, volaría». Le respondieron: «Primero vuela, luego creeremos en ti...». Un loro que pasaba por allí escuchó la discusión. Dijo: «Aunque nadie tiene fe en mí, yo vuelo. Y a pesar de que vuelo, nadie cree en mí...». Pero los aldeanos, preocupados de apedrear al Cristo, no le prestaron atención.

Peregrino interior

Se despidió de sí, llorando... Él mismo fue a recibirse al final del camino.

El engaño

Cuando se dio cuenta de que su mujer vagaba en los sueños de otro, con la llave ganzúa de la costumbre comenzó a penetrar en su cuerpo como un ladrón.

Happy end

Cuando le llega el momento de morir, va a perderse entre la multitud en fiesta para que, sin que nadie se dé cuenta, los pies de las parejas que danzan lo sepulten en el barro.

Ojos que no ven.

Un insensato, viendo a un hombre santo caminar en la noche alumbrando con gran dificultad el camino para no matar a las hormigas que lo atravesaban, le dijo: «¡Oh virtuoso varón, yo puedo solucionar tu problema: apaga tu vela, marcha en la oscuridad y ya no tendrás remordimientos!».

Crimen pasional

Cuando su amada huyó con otro, una herida profunda se le abrió en el cuerpo, del cuello al ombligo. Resistió el dolor hasta que la lesión cicatrizó. La mujer, arrepentida, regresó a su lado. Él se arrancó la cicatriz y con ella, convertida en espada, le cortó la cabeza.

El investigador

Desde que tiene uso de razón, comiendo y durmiendo apenas, no cesa de papelear en los archivos. Sabe que sus ancestros han perdido un documento que explica el sentido de la vida. Muere sin encontrarlo y sin haber vivido.

Amor loco

Se inmoló en una hoguera para que, sin él, ella por fin pudiera ser.

El virus

Santa Madre de Dios, cúrame a este niño. Anda siempre por el aire, nunca quiere tocar tierra. Flota en la casa como un globo, lo que es molesto para las visitas porque en cualquier momento puede orinarles el sombrero o mancharles la ropa con algo peor. Hace milagros idiotas: multiplica las arañas y las ratas. Además huele a rayos porque es imposible bañarlo: no quiere entrar en el agua e insiste en quedarse de pie sobre su superficie. Ayer volvió a la vida a un pollo asado. Sin plumas ni cabeza, ahora anda por ahí tropezando entre los muebles, perseguido por los gatos. ¡Hazlo normal, Virgen adorada, para que ya no le devuelva la vista a tanto hombre lúbrico! Esos que fueron ciegos pegan sus nuevos ojos saltones a los vidrios de mi ventana, dándose placeres manuales cuando en la noche me quito las enaguas. También, al quejarnos de la sequía, nos hizo llover sobre las salinas. Y lo que es peor, Madre Inmaculada, durante la comunión convirtió las hostias en chorizo para que alimentaran a los patipelados. ¡Por favor cúralo, Virgencita buena, límpiamelo del virus de la santidad!

La libertad

El hombre libre tenía junto a su camino mil otros caminos. Aunque podía elegir cualquiera de ellos, no lo hizo. Siguió por donde iba.

Un filósofo

Se pasea en la noche con un reflector de cinco mil vatios tratando de captar el enigma de la sombra.

Suicidio fallido

Cansado de la vida, el inmortal se cortó las venas. A pesar de vaciarse de todo el plasma, no murió. Ahora, dondequiera que vaya, lo sigue su sangre como una sombra roja.

La solución perfecta

La fábrica lanzaba un humo pestilente que impregnaba toda la aldea. Los habitantes, cansados de soportar el hedor, invadieron la carretera nacional enarbolando letreros de protesta. Las autoridades se vieron obligadas a escucharlos, pero trasladar esa industria o clausurarla, como ellos exigían, ocasionaría al Gobierno una pérdida enorme. El Ministro de Economía encontró la solución perfecta: mediante una simple operación en la nariz de cada aldeano hizo que se les eliminara el sentido del olfato.

La nota suprema

Una cantante de ópera trató inútilmente de emitir la nota musical más hermosa. Fueron tan grandes sus esfuerzos que el corazón le estalló. Más tarde su cadáver produjo un coro de gusanos que entonaron con toda facilidad la nota buscada.

Problema-solución

–Maestro, ¿cómo cambiar? ¡Me gustaría hacer siempre lo mismo!
–¡Necio, siempre haces lo mismo: no cesas de cambiar!

El regreso

Famélico, encontró unos huesos secos. Desesperado por el hambre, se lanzó sobre ellos y comenzó a chuparlos. Succionó días y noches sin que nunca la médula se agotara. Ahíto, quiso frotarse el vientre, pero no lo encontró. Se dio cuenta de que él era el espíritu de un muerto y esos huesos su propio esqueleto.

Mala suerte

Caminando por la selva se topa con un león dormido. Poniéndose de rodillas ante él, murmura: «Por favor, no me comas». La bestia sigue roncando. Esta vez grita: «¡Por favor, no me comaaaas!». El animal no se da por enterado. Temblando, le abre las mandíbulas y acerca su cara a los colmillos para volver a gritar el ruego. Inútil. La fiera no despierta. Histérico, comienza a darle patadas en el trasero: «¡No me comas! ¡No me comas! ¡No me comas!». El león despierta, salta sobre él y, furioso, comienza a devorarlo. El hombre se queja: «¡Qué mala suerte tengo!».

Pesadilla

El viejo sabio se despertó lanzando un alarido. Había soñado que la realidad era real.

Psicomagia

Durante veintiocho días llevó en la vagina el retrato de su padre. Lo extrajo en el momento de sus reglas. El cilindro parecía un habano rojo. Lo envió por correo a su madre con un mensaje de tres palabras: «Te lo devuelvo».

Poseído

El hombre que se sentía deshabitado acabó por darse cuenta de que estaba habitado por un hombre que se sentía deshabitado.

La última semilla

El suelo estaba cubierto por una capa de plástico gris que se extendía desde la cima de las montañas hasta el fondo de los mares. Un día, en un baúl olvidado durante siglos, un ciudadano encontró una semilla, la última que quedaba en el planeta. Corrió por las calles lisas para mostrarla como si fuera una lámpara. Las computadoras dieron la alarma. Un robot gigante detectó al exaltado y en pocos segundos estuvo junto a él para levantar una bota de varias toneladas y aplastarlo. El cuerpo, hecho papilla, atravesó la capa protectora y se hundió en la tierra. Carros especiales cubrieron el agujero escupiendo plástico gris y el hormiguero volvió a su actividad incesante. Sin embargo, entre los restos del hombre, bajo la superficie fría, germinó la semilla. Pronto la tierra se llenó de raíces. Poderosos vegetales, en una invasión incontrolable, hicieron estallar la cáscara e invadieron las ciudades. Los hombres recuperaron la memoria.

Un cobarde

Para esconderse de su enemigo caminó toda su vida detrás de él.

Cuento de hadas

Una rana que lleva una corona en la cabeza le dice a un señor: «Bésememe, por favor». El señor piensa: «Este animal está encantado. Puede convertirse en una hermosa princesa, heredera de un reino. Nos casaremos y seré rico». Besa a la rana. Al instante mismo se encuentra convertido en un sapo viscoso. La rana exclama, feliz: «¡Amor mío, hace tanto tiempo que estabas encantado, pero al fin te pude salvar!».

Inversamente proporcional

Un señor utiliza sus energías en coleccionar objetos. Otro decide eliminar los que tiene. Cuando no le quedan objetos materiales, comienza a eliminar movimientos, ideas, recuerdos, sentimientos, que considera innecesarios. Llega a una inmovilidad completa. El coleccionista lo recoge para colocarlo en un gran armario entre sus otros objetos.

Nadie sabe para quién trabaja

A Abdul le dijeron que en un oasis del desierto iba a caer un rayo que iluminaría a quien estuviera allí. Abdul se sentó a esperar. Pasaron las horas, los días, los meses, los años, hasta que, desesperado, exclamó: «¡Fui un idiota! ¡Era mentira! ¡Aquí jamás caerá un rayo!». Montó en su camello y regresó a la ciudad. Un paria se sentó a comer las sobras que Abdul había dejado y en ese momento cayó el rayo y lo iluminó.

El fugitivo

Cuando se le acercó el enorme tiburón blanco, escapó nadando. «¡Socorro, me quiere devorar!» Desde ese día, cada vez que el pescador se lanzó al mar para buscar sus ostras, el animal lo persiguió. Y así durante años, en todos los sitios, a cualquier hora. El pescador envejeció. Una mañana, mientras buceaba, se le acercó nuevamente el monstruo. El anciano gastó sus últimas fuerzas en la huida. Agonizante, viendo que no podía llegar a la playa, flotó de espaldas en el agua. El tiburón acercó su horrendo hocico, sacó la lengua y le depositó en el pecho un anillo de oro con una gran perla. Antes de irse le dijo: «El Rey del mar, porque nunca mataste una bestia marina inútilmente, me envió para que te entregara este objeto mágico. Podrás pedirle todo lo que desees y te lo concederá. Lástima que no hayas querido recibirlo antes».

Unidad de medida

Un bailarín cojo abrió una academia de danza. Allí obligó a sus alumnos a amarrarse una pierna, replegándola hacia la espalda, so pretexto de que el baile bípedo era asqueroso.

Amor filial

«Tú eres mío y si quiero yo te rompo» le decía su madre. Cuando ella murió, él sintió un golpe en el pecho, su cuerpo de muñeco cayó al suelo hecho pedazos y se encontró solo, convertido en un caballero de cincuenta años.

El bufón

–Maestro, lo más bello que hay en el mundo es la diferencia. Por eso creo que Dios se desespera: todo es igual a él.

–Para su felicidad estás tú que no te le pareces en nada.

La jaula

Quiso avanzar, tropezó con una pared invisible. Quiso retroceder, le pasó lo mismo. Palpó arriba, abajo, a los costados: estaba encerrado en una jaula de cristal. Dio golpes sin perder nunca las esperanzas, insistió una y otra vez en el mismo sitio, hasta que sintió un crujido y pudo atravesar la superficie fría con el puño. Se abrió paso y, por fin, salió al exterior. Avanzó feliz, sonriente, libre, pero se dio un frentazo contra una pared invisible. ¡Estaba dentro de una jaula mayor! Pensó, consolándose: «¡Por lo menos es más grande y está creciendo! ¡Crecerá tanto que un día desaparecerá!». Pero la jaula no crecía: el señor iba empequeñeciéndose.

Dentrofuera

Iba atravesando el desierto. No sabía si el cuerpo que lo llevaba era suyo. No necesitaba darle órdenes: avanzaba en línea recta, dando pasos regulares, siempre con el mismo ritmo. La extensión de arena llegaba hasta el horizonte. Sentía la garganta reseca y la lengua hinchada, pero ese dolor no era suyo. Se había despertado bruscamente dentro de un organismo ajeno que marchaba desnudo por el desierto. Quizás durmiéndose otra vez lograría escapar. Trató. Imposible. Quiso que los pasos cesaran. Tampoco pudo. Luchó por concentrarse en un solo átomo para tocar cada vez menos aquella prisión de carne. Así lo hizo. Al cabo de recorrer innumerables kilómetros, el cuerpo estornudó. Salió disparado por la nariz. Millares de millones de metros cúbicos de arena lo tragan. Ahora, su cárcel era ese desierto infinito, plano, sin plantas ni animales, con un solo cuerpo humano recorriéndolo en línea recta.

Conservador

Insistía en empaquetar un elefante vivo, pero el paquidermo rompía siempre el papel. Cuando le sugerían matar al animal, objetaba que así se pudriría y él deseaba guardar el paquete toda su vida.

Ausencia

–Maestro, ¿dónde está Dios?

–Aquí mismo.

–¿Dónde está el paraíso?

–Aquí mismo.

–¿Y el infierno?

–Aquí mismo. Todo está aquí mismo. El presente, el pasado, el futuro, están aquí mismo. Aquí está la vida y aquí está la muerte. Es aquí donde los contrarios se confunden.

–¿Y yo dónde estoy?

–Tú eres el único que no está aquí.

Propiedad privada

El niño tiene en las manos un vaso con agua que no quiere dar. «¡Es mía!», dice. Su abuelo, que trae una gran jarra llena del precioso líquido, le sonríe: «Préstame tu vaso». «Bueno, pero devuélvemelo rápido.» El viejo vacía el contenido del vaso en su jarra y la pone frente al nieto: «Si me dices cuál agua de esta agua es la tuya, te la puedes llevar».

Nostalgia

Porque retrocedía creía volver, pero en realidad estaba avanzando de espaldas.

El prisionero

Trató de construirse una cárcel, se le agrietaron los muros, se le derrumbó el techo, se le quebraron los barrotes. Quiso esposarse las muñecas, la cerradura se oxidó, el metal se hizo polvo. Se amarró con cuerdas, éstas se pudrieron. Sin embargo, luchando inútilmente por mantener en pie los escombros, gritaba: «¡La libertad no existe!».

Las arañas sin memoria

Nadie sabe por qué las arañas olvidaron cómo construir sus telas. Se pusieron muy activas, sus patas se fortificaron y aprendieron a cavar habitaciones bajo la tierra. Pero esa vida oscura no les correspondía. Sentían una inexplicable comezón en las patas y hacían sin cesar gestos de urdir. Comenzaron a fabricar telas que no eran redondas, ni pegajosas, ni transparentes, ni servían para cazar insectos y con orgullo las llamaron «Arcanas». Fueron acumulándolas en museos, luego en templos. De pronto una araña recuperó la memoria y se puso a tejer, en un rincón del túnel central, una tela redonda, pegajosa, transparente. Las otras arañas armaron un gran escándalo, destruyeron esa «aberración» y encarcelaron a la ciudadana por haber osado ensuciar la ciudad.

Gran ego

Era un gurú tenaz: cada vez que moría se reencarnaba en su propio cadáver.

La segunda visita

Extrajo palomas del sombrero de copa sin ser prestidigitador. Al nuevo Mesías, para que no lo asesinaran, le era imposible existir sin hacer milagros, se había disfrazado de mago circense. El público aceptaba que transformara el agua en vino y multiplicara peces y panes, porque creía que eran trucos.

Pareja ideal

Érase una mujer que vivía disfrazada de mujer y un hombre que vivía disfrazado de hombre. Cuando se encontraron creyeron esa comedia y formaron pareja. El hombre falso y la mujer falsa, haciendo esfuerzos tremendos, alcanzaron una modorra que llamaron felicidad. El hombre y la mujer verdaderos nunca llegaron a conocerse.

Las reliquias

Murió el santo y no se pudrió. Le cortaron un pie, la lengua, le extrajeron el páncreas y varios huesos, para enviar esas reliquias a diversos templos. El cadáver comenzó a sollozar, interminablemente. Se hizo tan intenso ese lamento que los sermones y las misas ya no pudieron oírse. Se vieron obligados a ir de iglesia en iglesia para tratar de recuperar los pedazos. Lo que originó verdaderas batallas porque los feligreses se negaron a devolver tan venerados restos. El páncreas, en medio de una pelea, cayó al suelo y fue devorado por los perros. El cadáver imputrescible no se pudo completar. Así mutilado siguió lamentándose. Lo amordazaron, pero sus intensos murmullos hicieron temblar los muros. Acabaron vistiéndolo de diablo y colocándolo a la entrada del templo, encadenado bajo el dominante pie de una Virgen de piedra. Los creyentes, al entrar, le lanzaban insultos y basuras.

El secreto del vino

La tierra tragó la sangre de Abel, la guardó en sus entrañas y, después del diluvio, produjo con ella la vid. Noé fabricó el vino y al beberlo asimiló el secreto de la víctima. En su borrachera descubrió el placer de la muerte, que es la caricia de Dios.

Paciente

Un hombre, perfectamente sano, comenzó a tener miedo de atrapar una enfermedad en los brazos. Fue a visitar a un doctor. Éste, tras largos exámenes, concluyó: «¡Lo único que puedo hacer para que nunca se contaminen es cortarlos!». Así lo hizo. El manco, tiempo después, empezó a tener miedo de enfermarse de las piernas. El médico sugirió otra vez, como método preventivo, la amputación. Convertido en hombre–tronco, con un terror tremendo de atrapar un mal en las vísceras, volvió al consultorio. El cirujano le cortó la cabeza, la conectó a una máquina llena de órganos artificiales e incineró el resto de su cuerpo. Así, sin temor de atrapar enfermedades, se sintió feliz... Hasta que un día el médico lo escuchó llorar. Al preguntarle por la causa de su pena, la cabeza respondió: «¡Tengo ganas de revolcarme desnudo en la hierba!».

El espía

A dondequiera que fuese, ahí estaba él. Se cansó de que Dios lo estuviera siempre vigilando. Necesitaba tener un poco de vida privada. ¿Cómo? «Me voy a ir haciendo transparente, hasta que ya no me pueda ver.» Cesó de pensar, de sentir, de recordar... ¡Inútil! Allí estaba Él, siempre, mirándolo. Llegó a la conclusión de que la única vida privada que podía tener era la de no ser. Desapareció. Dios también.

Cría perros...

Carmen y Juan formaban un matrimonio bondadoso, sin hijos, amante de los animales. Una tarde fría, un perro se acercó a pedirles comida. Se apiadaron de él y le dieron albergue. Llegaron tres más. También los recogieron. Fueron adoptando a todos los perros vagos que pasaban por allí. Llegaron a tener cien. Sus amigos dejaron de visitarlos porque las reuniones, con tanto animal apelotonado, se hacían incómodas. Juan y Carmen gastaron todo su dinero en el alimento canino. Tuvieron que pedir prestado para dar de comer a esas bestias que no cesaban de reproducirse. Un buen día la pareja, llena de deudas, se encontró con que no tenía comida ni para ella ni para la jauría. Ayunaron. Los perros, hambrientos y furiosos, devoraron al matrimonio.

¿Madre hay una sola?

El hijo de la esquizofrénica tuvo siete madres.

El leño no hace al dueño

Llueve a cántaros. Un perro vagabundo, temblando de hambre y frío, se cobija en un portal. Un granjero llega corriendo de una bodega cercana con los brazos cargados de leña seca. Da un puntapié en la puerta. Su mujer abre y lo deja entrar. El can observa la escena. Cree comprender algo. Se precipita hacia la bodega, coge un leño, vuelve arrastrando ese trofeo y golpea la puerta con sus patas delanteras. ¡Sale la mujer, le arrebató el madero y lo corre a escobazos!

El restaurante de los cuervos

Los cuervos decidieron abrir un restaurante para vender lo que más les gustaba, queso. Construyeron una enramada, tallaron a picotazos platos de madera, les robaron leche a las vacas y graznaron anunciando el merendero. El lugar se atascó de animales que salivaban esperando el queso. En la cocina los cuervos cuajaron, batieron, estrujaron, colaron, hasta obtener la preciosa masa. ¡Todos quisieron probarla! El saboreo consumió media producción. Lo restante lo dividieron en porciones iguales para que cada cual la entregara al parroquiano que le tocaba servir. Entre la cocina y el comedor no pudieron dejar de engullir un pedazo y otro y otro más. Al final depositaron en los finos manteles sólo platos vacíos. Los clientes, hambreados, destrozaron el local.

La fe

En una playa lejana, un indígena vivía de la pesca. Cansado de su miserable soledad, llenó un canasto de erizos y fue a venderlos al pueblo más cercano. Caminó tantas horas que llegó cuando ya no quedaban clientes en el mercado. Agotado por el esfuerzo, se durmió junto a su canasto. Lo despertó un hombre moreno, muy bien vestido, ofreciéndole una moneda de plata por su carga. Lo acompañaba una extraña mujer de larga cabellera verde. «¡Amigo, raro es el cabello de tu compañera!» «¡Más extraño es su corazón, también verde!» «¿Dónde nacen hembras tan maravillosas?» «En la caverna de los brujos, detrás de esas montañas. El que se casa con una de ellas alcanza como yo el amor y la prosperidad.» «¡Yo también encontraré una mujer así!...» Y el indígena se fue a escalar las montañas. Buscó la gruta durante años pero nunca la encontró. Decepcionado, volvió a su playa para vivir desnudo entre las rocas. Un día vio a una mujer bajar del cerro. ¡Tenía la cabellera verde! «Me envían los brujos porque has dejado todo por mí. Te pertenezco.» Él gruñó: «El color de tu pelo no es real, te lo has pintado. ¡Seguro que tu corazón es rojo! ¡Voy a desenmascararte!». Y le hundió su cuchillo entre los senos para abrir un surco y extraerle el corazón. ¡Era verde! Gritó: «¡He recuperado la fe! ¡Me harás conocer el amor y alcanzar la prosperidad!». Pero ya era tarde, la mujer estaba muerta.

Nadie sabe para qué trabaja

La puerta estaba cerrada con siete candados. Le parecía imposible abrirla. Le costó un triunfo fabricar la primera llave. Por una voluntad extraña, por idealismo, por angustia, por lo que fuere, siguió buscando las siguientes llaves y con trabajos que pudieron minarle la salud abrió las cerraduras restantes. Reunió sus últimas fuerzas y empujó la puerta. Ella se abrió dejando surgir un río de llaves que se lo llevó dando tumbos en su corriente.

La atención

A Abdul le dijeron que mirara fijo el cielo porque, por un solo instante, una puerta iba a abrirse y el que la viera podría entrar al paraíso. Abdul levantó la cabeza y esperó con los ojos bien abiertos. Al cabo de tres horas, fatigado, bajó un segundo los párpados. En ese preciso momento la puerta se abrió, y se cerró. Abdul regresó a la ciudad convencido de que le habían contado patrañas.

El fin de un noble oficio

En aquel reino lejano los faquires hipnotizaban cobras y haciéndolas danzar se ganaban la vida. El príncipe, niño imprudente, trató de imitarlos, pero los reptiles lo picaron, quitándole la vida. El rey ordenó ahorcar a todos los faquires.

Sospechas

–Ella puede engañarme, Maestro. Tengo celos.

–Lo que pasa es que temes que otro le dé a tu mujer lo que tú no puedes darle.

El imposible encuentro

Si corre tras la luna, ella se escapa. Si huye de la luna, ella lo persigue. Si se detiene y la mira de frente, ella es él, pero él no es ella.

Vanidad

Desde un avión alguien dejó caer un puñado de semillas sobre la cima de una montaña. Al crecer, las plantas se felicitaron: «¡Cuán buenas trepadoras somos! ¡Miren hasta donde hemos llegado!».

Encuentros

Fue rápido, alcanzó a la Muerte. Fue lento, la Muerte lo alcanzó. Caminó normal, se dio cuenta de que él era la Muerte.

El inmortal

Viajó por todo el mundo, leyó, estudió, rezó, cambió sus programaciones mentales, experimentó fórmulas alquímicas, hasta que al fin obtuvo lo que tanto quería: la inmortalidad física. «¡El Tiempo me otorgará su sabiduría, las generaciones futuras me admirarán, seré dueño del planeta!» Fueron pasando los siglos. La humanidad continuó su evolución: los cuerpos se estiraron, las mandíbulas se estrecharon, los cráneos aumentaron de tamaño, los huesos perdieron peso y los omóplatos se convirtieron en alas. El inmortal vagaba pegado al suelo, provocando muecas de asco en la humanidad volante.

La ley

Porque un ciego intenta ver es asesinado a bastonazos por otros ciegos.

Pretensión

Una radio transmitía música, pensando: «¡Qué gran compositora soy!». De pronto un gato se puso a jugar con el cordón y lo desenchufó. La máquina suspiró, quejumbrosa: «¡Estoy idiota, no puedo crear nada!».

En la trampa

Después de haber triunfado en todo el mundo, volvió a su aldea natal, un rincón perdido entre la cordillera y el mar. La casa de madera donde había vivido sesenta años antes estaba intacta. La compró para poder demolerla. Las tablas, como si fueran de acero, resistieron el impacto de picos y mazas. Ni las palas mecánicas, ni la gran bola de acero, ni la dinamita obtuvieron el derrumbe. Ahí se quedó, inmaculada, de pie, cada vez más sólida y brillante, idéntica a la hermana gemela que él llevaba adherida en la memoria. El cosmos lo estaba llamando, pero la raíz, testaruda, no permitía ser segada. Resignado, abrió la puerta y entró en la morada. En el dormitorio estaba su madre desvistiendo el cadáver de su padre. «¡Más vale tarde que nunca! ¡Rápido, ponte su traje, querido!» A medida que él se vistió, el muerto se fue esfumando. Sintió el calor agradable de la sangre recorrer sus venas. Todo era perfecto. Lamentó saber que, así encerrado para siempre, nunca más volvería a ver el cielo y las estrellas, pero en pocos segundos olvidó y se sentó a ordenar su colección de sellos postales mientras la gran mujer pintaba canturreando sus largas uñas frente al espejo que sólo reflejaba las diez manchas rojas, borrando el resto del cuerpo.

Las metamorfosis

Vivía con una gran oruga blanca. Dentro de ella se estaba formando su mujer. Él la esperaba, paciente. La larva, mientras tanto, le devoraba los libros, sus papeles, sus discos, su ropa. Cuando quería hablar, pegaba el hocico a su boca y le tragaba las palabras con las mismas ansias con que un niño succiona la leche materna. Por fin el gran vientre comenzó a partirse. La oruga chilló como un perro herido y corrió a refugiarse bajo la cama. Al cabo de violentas sacudidas surgió del capullo una mujer perfecta, luminosa, independiente. Con sus alas irisadas revoloteó por el dormitorio, posó breve sus labios sobre los del hombre, depositándole una saliva azucarada, y huyó por la ventana para perderse entre las estrellas. Arrastrando los pies, él se paseó por la casa. Abrazado a la larva vacía gimió durante horas, hasta que al fin se metió dentro y esperó allí, agazapado, rogando que le crecieran dos alas para lanzarse hacia el cielo y volar hasta encontrarla.

Compensación

En medio de una tremenda tempestad, un barco zozobró cerca de la costa. Un hombre quiso lanzarse a salvar a los naufragos, pero sus compañeros se lo impidieron para evitar que el mar embravecido también lo devorara. Tiempo más tarde estalló otra tormenta. Nuestro hombre, sin que nadie lo viera, se lanzó entre las olas gigantescas, luchó durante horas y al fin, al borde del agotamiento, alcanzó la playa, feliz de haber, por fin, salvado a alguien.

Piedad indiscreta

Mientras el niño ciego bebía la leche, su madre exclamó: «¡Pobre, nunca sabrá que es blanca!». Al oírla, el pequeño se puso a llorar y desde entonces la leche cesó de alimentarlo. Mamó sin cesar, pero murió de hambre.

El desarraigado

Soñó que en el sueño se tendía a dormir y soñaba que se tendía a dormir y soñaba... Así innumerables veces... Luchó con desesperación por regresar a la realidad. Se despertó en el sueño anterior. Volvió a luchar. Se encontró en la misma situación. Fue despertando una y otra vez sin lograr llegar al primer sueño. Perdió la esperanza. No se tendió a dormir sino que salió del cuarto de hotel y se sumergió en la ciudad para realizar cualquier vida. Total, de pronto volvería a despertarse perdiéndolo todo.

Necessitas caret lege

Un cocodrilo gigante se había apoderado de los pantanos, sembrando el pánico. Dos cuervos comentaban: «¡Se comió a nuestro compadre coyote, a nuestra prima lechuza, a nuestro amigo lince! ¡Es un despreciable criminal!». Al anochecer, mientras el saurio dormía con la panza repleta, un ratón vio a los cuervos picotear entre las mandíbulas del monstruo los pedacitos de carne que le quedaban entre los dientes.

Un feliz acontecimiento

Nació el niño. La abuela lo pidió prestado para frotárselo por las piernas porque tenía dolores reumáticos. La madre lo sentó en el peinador y usó sus ojos como espejo. El abuelo se lo llevó al fútbol obligándolo a dar chillidos de bocina cuando su equipo metía un gol. Las tías le dieron píldoras para dormir y lo colocaron en la canasta del niño Jesús, quietecito, entre corderos y otros monigotes de yeso. El hermano mayor lo llevó al consultorio y, alentado por el psicoanalista, comenzó a insultarlo y darle cachetes hasta que se sintió aliviado. Mientras tanto, el padre, al que habían encerrado en la casucha del perro, musitaba el nombre completo de su hijo, al que la familia había reducido a una sílaba repetida dos veces.

El técnico

Al ser consultado por unos campesinos que sentían sus tierras amenazadas por una represa que se estaba cuarteando, un técnico les aconsejó que taparan las grietas con pedazos de suela. Cuando la catastrófica inundación se produjo, el especialista aclaró que él era sólo técnico en la fabricación de zapatos.

Karma

El arquero, haciendo un esfuerzo grandioso, tensó la cuerda del arco y lanzó su última flecha. La vio alejarse y perderse en el horizonte. Esperó, inmóvil, hasta que vino a clavársele en la espalda.

El enfermo y la bruja

–No te preocupes, hijo querido. He venido del manantial con la varilla mágica en mano. Allí encontré al Ser Supremo. Él me dijo: «¡Vas a curarlo!».

–Estoy muerto. No puedes...

–Los muertos se curan naciendo otra vez, mi niño.

El símbolo

–Maestro, he analizado su traje: cada prenda tiene un profundo significado. Pero hay un detalle que no he podido interpretar. ¿Qué significa su cinturón?

–Significa que los pantalones no se me caen.

Amarras

–¡Maestro, no sé lo que yo haría sin mí!

–Serías maestro.

Prueba de amor

- Deja demostrarte que te amo. ¡Pídeme lo que quieras!
- Dame tu vida.
- ¡Pam!
- ¡Mentiroso, me has dejado sola, no me amabas!

Confusión

Sin darse cuenta de que estaba afuera se aferraba a los barrotes de la ventana, gritándoles a los carceleros que dormían dentro: «¡Déjenme salir!».

Rivales

El loro y el mono se acusaban mutuamente, con desprecio, de imitar al hombre.

Persecución

Un insensato se quejaba porque no lo seguían sus huellas. Sin cesar las buscó hasta morir de fatiga.

Catástrofe

Salió corriendo a la calle, lanzando gritos que erizaron el cabello de los transeúntes:
«¡Socorro! ¡Mi espejo se muere!».

Los piratas

Al no encontrar un tesoro dentro del cofre se fueron decepcionados... sin darse cuenta de que ese cofre vacío era el tesoro.

El devorador de corazones

Cuando llegó la noche sintió otra vez el hambre: sólo podía digerir los corazones humanos. Se agazapó en una esquina y esperó febril que alguien pasara por ahí. Se acercó un señor elegante. De un certero cuchillazo le abrió el pecho y le extrajo el corazón. Comenzó a hincarle el diente. Por las venas cortadas emanó un olor fétido y se asomaron gusanos. Escupió asqueado y cambió de esquina... Esta vez pasó una mujer. La hoja del puñal atravesó su pecho sedoso sin encontrar resistencia. Arrancó la hermosa víscera, pero cuando la mordió, casi se rompió los dientes, tan dura era. Corrió hambreado por las calles. Tropezó con un caballero adiposo. Le extrajo un corazón tan grande como una sandía. Con la boca llena de saliva le dio un mordisco. La bola se desinfló lanzando un silbido acuoso para colgar de sus dientes convertida en un pellejo frío... Le dolieron las tripas, respiró con ahogo y cayó sentado en el quicio de una puerta. Junto a él, tapado por periódicos, vio dormir a un niño. No vaciló un instante: le robó el corazón y saboreó lentamente ese manjar exquisito. Lo embargó una paz infinita. Vio al pequeño mendigo como un ángel abatido y conoció por primera vez la piedad. Se dio un corte profundo, extrajo su propio corazón y lo depositó en el pecho vacío del niño para cerrarlo con una caricia. Lo vio alejarse dando pasos tan ágiles que parecían danza. Apoyó la espalda en el muro y poco a poco se fue deslizado hasta caer en el cemento... Nunca más tendría hambre.

Historia de «amor»

La tortuga aprendió a ronronear, se desprendió de su caparazón y fue a pedirle caricias a una mujer ciega, haciéndose pasar por gato.

El milagro y el loro

En las montañas de una región arruinada por la sequía, encerrado en su castillo, vivía un cabalista que era capaz de transformar la tierra seca en agua. Los labriegos sedientos enviaron al hierbatero de la aldea para que convenciera al sabio de comunicarles aquel secreto. El pobre hombre, cuando golpeó el portón cerrado de la fortaleza, fue ahuyentado con chorros de aceite hirviendo. Un viejo loro, animal favorito del cabalista, escapó y fue a posarse en un hombro de la víctima, repitiendo las palabras mágicas que había oído durante años. El hierbatero regresó feliz a la aldea, reunió a los rústicos, cogió un puñado de tierra seca y, recitando las extrañas fórmulas, lo convirtió en agua. Todos aplaudieron maravillados; luego le preguntaron: «¿Cómo es ese maestro misterioso?» A lo que él respondió: «No lo conozco, aprendí con su loro». La multitud estalló en una rechifla. ¡Era imposible aprender algo serio de un pajarraco! Fue tratado de estafador y expulsado del pueblo a pedradas.

Amor maternal

Como tengo ganas de cuidarte, enfermame para que yo sea feliz.

El gran lama

Me habían cortado en trozos. Los grandes buitres se alimentaban con mi carne. Yo estaba decidido a renacer. Elegí la mujer precisa y me incrusté en sus entrañas. Evidentemente cambié el destino del feto. El espíritu que se preparaba a nacer era más ignorante que yo: no se pudo defender y lo expulsé de la matriz. Lo sentí deshacerse para siempre en la eternidad. Bruscamente recordé los tres mil asesinatos de mis precedentes tres mil reencarnaciones.

La tempocleta

En el año 2563 un grupo de financieros se reunió para tratar un fabuloso negocio. «Nuestros científicos han inventado una máquina económica, en forma de bicicleta, que permite viajar al futuro, sin poder regresar, dando un salto de mil años. Todos los viajeros llegarán a la misma hora, el mismo día, el mismo mes, el mismo año.» Lanzaron una campaña de publicidad mundial. «¡Cómprase una tempocleta! ¡En diez siglos más no habrá guerras ni enfermedades ni será necesario trabajar! ¡Los continentes estarán convertidos en jardines! ¡Se habrá descubierto la vida eterna!» La máquina entusiasmó al planeta y, siendo tan barata, ningún ciudadano se privó de comprarla. ¡Dieron el pedaleo descrito en el manual y en un segundo estuvieron en el año 3563! Encontraron un mundo devorado por las malezas y poblado sólo por hormigas, ratas y monos. Comprendieron, demasiado tarde, la triste verdad: como nadie se quedó y el planeta estuvo abandonado durante diez siglos, todo se había convertido en ruinas.

Alumno activo

–¡Maestro, busco pero no encuentro!

–¡Cesa de buscar y provoca las condiciones adecuadas para recibir!

El imitador

Un hombre comienza a perder la vista. Antes de entrar en la sombra memoriza todo lo que hay en su pieza. Estudia los textos, las ilustraciones y la ubicación de los libros en la biblioteca. Cuando ya está ciego, invita gente y haciéndose el que ve les muestra su cuarto. Ofrece sillas, abre tomos, lee en voz alta, describe grabados, fabrica cócteles. Su simulación es perfecta, pero olvida encender la luz y sus visitas asisten a esa comedia en la oscuridad.

El ocaso de un poeta

Su propia sombra se lanzó contra él, convertida en látigo. Las palabras, sin querer salir, aferradas como arañas, se le acumularon en la garganta. El cráneo se le abrió semejante a un observatorio astronómico y el cerebro huyó hacia el cielo desplegando sus circunvoluciones hasta parecer una alfombra que se hizo barca de buitres. La sangre se le escurrió por la planta de los pies y caminó desnudo dejando huellas rojas. La ciudad, que había dormido cuatrocientos años, despertó y comenzó a perseguirlo. Huyó a las montañas: las laderas vomitaron casas. Atravesó ríos: con sus patas nerviosas los puentes unieron las orillas sepultando al agua. Se ocultó en los bosques: largos yataganes, las avenidas entraron en la espesura. La piel se le escurrió como un abrigo viejo y pronto la dejó amarrada a un palo, flameando al viento convertida en bandera. Así, expuestos a la intemperie, sus músculos y vísceras despertaron la gula de los tábanos. Hecho sólo un paquete de huesos, se dijo: «Mi situación no puede ser más triste. Tengo que reconocer que algo anda mal». Pero unos segundos después encogió los hombros y se fue a beber otra botella de vino.

La libertad

Rompió todas las amarras para poder, por fin, atarse bien a las cosas.

El creador

El pelícano guardó en su pico un pez, retardando sensualmente la delicia de tragarlo. Lo conservó tanto tiempo que olvidó que el animal era un alimento que él había cazado. Comenzó a creer que su pico era un vientre y el pescado un hijo suyo. Un día, frente a otros pelícanos, dijo con orgullo: «¡Miren la maravilla que he engendrado!» y escupió una masa informe cubierta de gusanos.

Diálogo familiar

–Crece, hijo mío.

–Disminuye, padre mío.

Impaciencia

–Maestro, este sitio no vale nada, es un desierto.

–¡No, está sembrado!

Dar y recibir

–Maestro, sólo podemos dar lo que llevamos dentro. ¿Tengo razón?

–Nadie puede dar sólo aquello que lleva dentro. El pedido del otro lo insemina. El don se crea entre dos.

Querer y poder

- ¡Qué susto, Maestro, esa persona me quiere dañar!
- No temas a los que te quieren dañar, sino a los que pueden dañarte.

Impresiones subjetivas

Un indio estaba sentado en la calle junto a un avestruz. Una señora curiosa se detuvo frente a ellos, acariciando a su perro faldero. Éste le ladró al plumífero: «¡Si yo tuviera esas patas ridículas me escondería!». El indio, que conocía el lenguaje de los animales, le dijo: «Se ve que tienes buen gusto. Conozco un lugar donde hay miles de perras en celo. ¿Quieres ir con nosotros?». El faldero respondió: «Me escaparé y vendré a buscarlos». A la hora convenida llegó moviendo su cola. El indio recitó tres palabras y, de pronto, se encontraron en un desierto. Con su dueño montado en el lomo, el avestruz avanzó a grandes zancadas. El can los siguió como pudo. Al cabo de horas, agotado, muerto de sed, exclamó: «¡Alto!». El indio se detuvo: «No entiendo por qué estás tan cansado». El perro miró con envidia al avestruz. «¡Ah, comprendo, es porque no tienes esas patas ridículas!» Gimió el cuadrúpedo: «¡Ahora me doy cuenta de cuán bellas son! ¡No me avergonzaría de poseer unas iguales!». El indio hizo un gesto y el can se vio con cuatro patas de avestruz. ¡Saltó contento! ¡Galopó orgulloso por las dunas! El indio hizo un gesto y el animal apareció ante su ama que, asqueada, tomó un palo y lo expulsó de la casa. Cuando todo el pueblo se hubo burlado del engendro, el indio deshizo el encantamiento.

Venganza

Cientos de gusanos treparon por el tronco de los árboles para secretar hilos hasta formar capullos que, al llegar la primavera, se abrieron eyectando mariposas. Un pollo observó con envidia ese fenómeno. Dejó de jugar con sus compañeros y anheló también tener alas para volar de flor en flor. «Si esos bichos asquerosos pueden transformarse en seres bellos, ¿por qué no yo?» Recogió pedazos de tela, hilachas, fibras secas, cáñamo. Trepó a un olmo, se envolvió en su material y, protegido por una rama, comenzó a dormir, esperando convertirse en mariposa. Pasó el tiempo. Torturado por la sed y el hambre, despertó. Rompió los estambres a picotazos: no era ni una mariposa ni un pollo, se había transformado en gallo. Decepcionado, regresó al gallinero. Sus compañeros, correteando el día entero bajo el sol, bien alimentados, cacareaban como campeones, buscando pelea. Él, pálido, mal nutrido, no pudo hacerles frente. Fue picoteado y despreciado. Culpó a las mariposas de todos sus males y corrió hacia el bosque, decidido a destruir cada capullo que encontrara.

La estrella caída

Un violento remezón sacudió el cielo. Una estrella se desprendió y fue a caer en las profundidades del océano. A pesar del agua, como su explosión interna era incesante, continuó brillando. Los peces, por primera vez, pudieron verse tal cual eran y eso no les gustó. La comparación con el astro era inevitable: al lado de su inmenso resplandor se sintieron minúsculos. Llenos de envidia, tragaron lodo y lo vomitaron sobre la extranjera para cubrirla de una capa espesa que ocultó su centelleo. La estrella comenzó a despreciarse a sí misma puesto que su razón de existir era alumbrar el camino de los otros. Huyó a esconderse en una cueva. Poco a poco fueron llegando animales repulsivos que se pegaron a ella tomándola por una roca. Pareció pasar una eternidad hasta que una criatura, cubierta de escamas negras, entró en el refugio, descubrió su centro y lanzó un rayo tan intenso que ahuyentó a los parásitos. «¿Quién eres, ser increíble, que puedes subsistir en este infierno conservando tu luminosidad? », preguntó el pobre lucero. «¡Soy una estrella como tú! El remezón celeste me lanzó también al mar, donde me di cuenta de que si mostraba mi esplendor, en lugar de ayudar, crearía enemigos. Si deseaba hacer el bien tenía que disfrazarlo... ¡Ven conmigo! ¡No creas que porque te rechazan no vales! ¡Te rechazan porque no te conocen! ¿Si no hay conocimiento cómo puede haber amor?»

Monjes

–Si los dos rezamos con igual fervor, ¿por qué tú siempre estás contento y yo no?

–Es que tú siempre rezas para pedir algo, en cambio yo sólo lo hago para agradecer lo que me han dado.

La deuda

Mi padre se quedó ciego cuando yo estaba en el vientre de mi madre. Al enviudar me convirtió en su lazarillo. Vivimos de la mendicidad. En estas épocas de crisis recibimos pocas limosnas. Andamos por un barrio tenebroso, hace frío, mi padre gime de hambre. «No te preocupes», le digo, «comeremos». Sacudo el polvo de nuestros abrigos y entramos en un restaurante chino. Nos sirven varios platos que devoramos con delicia. Le digo al servidor: «No tenemos con qué pagar». «¿Está seguro?», me responde sonriente y lanza un silbido que imita al ruiseñor. Llegan dos enormes chinos que me atan a la silla. Mi padre me murmura al oído: «Perdóname». El servidor sale y luego vuelve trayendo un frasco y una cucharilla de marfil. Mostrándome los dos ojos que están en el interior de la redoma me dice con dulzura: «No te preocupes, muchacho, me pagarás en la misma forma que lo hizo tu padre». Y me hunde la cucharilla en las cuencas. «Un día, para saldar definitivamente la deuda, tendrás que traerme a tu hijo.»

El profeta inculto

El salón de baile, por haber soportado sin cesar reuniones de gran envergadura, tenía los cimientos gastados. Emitía, de vez en cuando, un crujido que ningún convidado deseaba tomar en cuenta: la idea de derrumbe les parecía pecado y la expulsaban de sus mentes. Un albañil que pasaba por ahí se dio cuenta del problema. Como no lo dejaron entrar, escribió en un papel: «¡Kuidado, ba a kaerse el zalón!» y lanzó su advertencia por una ventana. Los danzantes recogieron el mensaje y estallaron en carcajadas: «¡Escribe cuidado con ka! ¡Va con be larga! ¡Kaerse por caerse! ¡Y salón con zeta! ¡Ja, ja, este necio tiene mala ortografía...!» De pronto cedieron las vigas y el techo cayó sobre amos y criados. El albañil, antes de continuar su camino, con una barra de tiza, escribió en un pedazo de muro: «¡Ze loz adbertí!».

La verdad

Creía obtener respuestas cuando en realidad avanzaba golpeando puertas cerradas que retrocedían.

Nunca es bastante

Estaba el cojo mendigando sentado en los escalones de la Ópera. Pasó por allí un santo, le tocó las piernas y éstas se enderezaron. Al comienzo su alegría fue grande, pero al cabo de unos minutos se llenó de ira: «¡Beato miserable! ¿Por qué no me hizo primer bailarín de la Ópera?». Se sentó de nuevo a mendigar, esta vez imitando la cojera.

El sabio

A dondequiera que va, llega como extranjero, es la novedad. Los habitantes curiosos se le acercan creyendo que trae respuestas. Pero él solamente pregunta. Pregunta tanto que lo consideran sabio y aceptan esas interrogaciones como respuestas.

El doble

Un hombre, idéntico a él, invadió sus posesiones y conquistó a sus familiares, devolviéndoles la salud y la prosperidad. Rechazado por todos, recuperó la memoria. Ese «doble» era el dueño legítimo y él, un miserable usurpador.

Lo mío es mío

Dios les envió una lluvia de estrellas de oro. La pareja se puso a discutir sobre quién de ellos había provocado el milagro. Furiosos, se arrojaron las estrellas a la cara. Él perdió media nariz y ella un ojo.

El ahorro

Frente al monasterio se instaló un mercader. Puso en una mesa un montón de cubos con filamentos y proclamó: «¡Hoy, gran barata de gragofos! ¡Compre uno antes de que se acaben!».

Un monje dejó de rezar y corrió hacia el vendedor. «¿Cuánto cuestan?» «Cien pesos.» «¡Lástima, tengo sólo ochenta!» «¡No importa, le rebajo los veinte que le faltan...!»

El religioso compró su gragrofo y dando bailoteos fue a mostrarlo al padre superior. «¡Hermano, ahorré veinte pesos!» El viejo lo miró con piedad: «¡No! ¡Perdiste ochenta, porque los gragofos no sirven para nada!».

Las moscas

El maestro va vestido con un traje miserable. El posible discípulo le pregunta: «¿Por qué anda andrajoso?». El maestro contesta: «Porque soy muy humilde». «Si fuera tan humilde no lo mostraría», dice despreciativo el discípulo y se va en busca de otro maestro, sin darse cuenta de que el sabio humilde se ha disfrazado de «humilde» para que los posibles discípulos lo dejen tranquilo.

El árbol impaciente

En medio del invierno, un árbol se dice: «¿Por qué debo esperar a que venga el verano para dar mis frutos? ¡Hoy mismo quiero florecer!». Sacude la nieve que lo cubre, estira sus raíces hacia yacimientos cálidos, deja subir una savia formada con dolor, vomita hojas, flores y por fin pare naranjas, gritando: «¡He triunfado: mis frutos brillan como soles!». Una superficie blanca, glacial, cubre la tierra. «¡Aquí estoy, comed mis naranjas tiernas!» Es invierno, todos los animales duermen, hay silencio. Los dorados frutos se pudren... Viene la primavera. Un nuevo sol hace temblar la tierra bajo la caricia de sus rayos. Sin esfuerzo, los árboles florecen, los pájaros devoran sus frutos y dejan caer las semillas. Aparecen nuevos brotes que enriquecen al bosque lujurioso... Tirado en el lógamo, como un gran gusano negro, el naranjo impaciente es devorado por las hormigas.

El mal mendigo

Le dio un pan al que se quejaba de hambre. Éste le dijo, lastimero: «¿Y ahora con qué me lo voy a comer?». ¡Le quitó el pan!

Menos

–Maestro, ¿qué es triunfar?

–Es aprender a fracasar.

La revelación

–Sea lo que sea aquello que hayas vivido y por muy innumerables ancestros que tuvieses debes saber que esto es solamente el comienzo.

Hombrear

–Maestro, ¿cuándo seré fuerte?

–Cuando aprendas a no dañar.

Lección

–¡Maestro, he aprendido a romper vasos!

–¡Hay infinitas formas de romper un vaso, pero una sola de hacerlo!

Ignorancia

–Maestro, me siento solo.

–Es que no sabes estar contigo mismo.

Koan

–Maestro, me es imposible decir si este vaso está medio vacío o medio lleno. ¿Qué hacer?

–¡Rompe el vaso!

Intercambio

–Maestro, ¿cuándo llegaré a la perfección?

–Cuando dar se te haga tan importante como recibir.

La meta

- Tengo miedo de no poder llegar.
- No te preocupes de «llegar» sino de «avanzar». Ir avanzando es estar llegando.

Invulnerabilidad

–Maestro, ¿qué debo hacer para que el fuego no me quemee?
–¡Conviértete en el fuego!

Adivinanza

–Cuando el monje sale, los sapos entran en el templo. ¿Cuándo entran los sapos en el templo?

–¡Muy fácil, Maestro: los sapos entran en el templo cuando el monje sale!

–¡Necio!

–Pero usted mismo me lo dijo: cuando el monje sale los sapos entran...

–¡Torpe!

–¡Entran cuando tienen calor y buscan la sombra!

–¡Tramposo!

–¡Entran cuando el monje olvida cerrar la puerta!

–¡Iluso!

–¡Entran cuando saben que allí dentro se pueden iluminar!

–¡Intelectual, aprende a morir!

–¡Los sapos nunca entran en el templo porque el monje no lo abandona jamás!

–¡Eso!

Infarto

–Maestro, ese hombre luchó con todas sus fuerzas por obtener su jubilación. ¿Por qué cuando la consiguió se murió?

–Porque luchó con todas sus fuerzas para obtener lo que no deseaba.

Un artista

- Si eres un gran pianista y te cortan las manos, ¿qué haces?
- Me convierto en un bailarín.
- ¿Y si te cortan las piernas?
- Me dedico a cantar ópera.
- ¿Y si te arrancan la lengua?
- Tomo entre los dientes un pincel y dibujo.
- ¿Y si te matan?
- Con mi piel hacen un tambor; con mis huesos, flautas y con mis tripas, cuerdas de violín.

El poder

Obligaba a recibir para tener la sensación de que daba.

Don Juan

El prestidigitador dejaba abandonada en cada ciudad a una mujer cortada en dos, que con el torso penaba sus cuitas de amor, sin darse cuenta de que el trozo inferior de su cuerpo era violado por los payasos.

La verdadera santa

El gran templo, visitado por millares de peregrinos, estaba construido alrededor de una tumba donde yacía una difunta milagrosa. Omar, el guardián, un viudo que había sido el primero en descubrir los poderes del sepulcro, era propietario del lugar. Vivía respetado, gozando gracias a las limosnas de una sólida prosperidad. Su hijo único, Zayd, se enamoró de una prostituta y la puso encinta. El joven y su amante, maldecidos por Omar y perseguidos por los fieles, huyeron hasta que, no pudiendo resistir el esfuerzo, la mujer murió. El muchacho, desesperado, la enterró y se sentó a llorar junto a la tumba. Un beduino que pasaba por allí le dejó agua, queso y encendió una veladora frente al montículo de piedras. Pasaron otros nómadas dejando ofrendas. Se corrió la voz de que allí había una muerta milagrosa. Poco a poco los creyentes levantaron un templo y Zayd, como guardián, fue respetado y alcanzó la prosperidad. Un día su padre lo vino a visitar. La fama de la tumba milagrosa había llegado hasta él. «Hijo mío, perdóname. Tengo que revelarte un vergonzoso secreto: tu madre era una prostituta a la que amé con locura. Murió al parirte. La enterré y lloré con tal devoción delante de su sepultura que los viajeros creyeron que era una santa. Estoy muy enfermo, condenado a morir, sólo un milagro podría salvarme, pero, como sé que la mía es un fraude, te pido que me dejes rogarle a la tuya. ¡Ella sí me salvará!» El hijo, sin decir una palabra, llevó a su padre junto al sepulcro. El viejo encendió una vela, rezó con toda su alma, depositó una cuantiosa ofrenda y regresó, curado de la enfermedad, para seguir sirviendo a los creyentes de su falsa santa.

Las mil caras del hombre invisible

El hombre invisible se fabricaba máscaras. Las tenía de todas las expresiones: amor, celos, orgullo, duda, dolor. Antes de salir a la calle las ensayaba frente al espejo. Con la máscara de poder se sentía capaz de dirigir multitudes, con la máscara de seducción pondría a las mujeres a sus pies... Queriendo aparentar el mayor número de matices acumuló novecientas noventa y nueve caretas. Para la número mil decidió moldearse una de risa loca. La boca, mostrando enormes dientes, le llegaba de un lóbulo al otro. Cuando la tuvo terminada salió a pasearse con ella puesta. La gente, contagiada por esa grotesca expresión, se puso a reír a carcajadas. Cansado de tanto escándalo volvió a su casa y quiso quitársela: no pudo. ¡Se le había pegado a la piel! Tiró de ella, la rasguñó, le dio tajos, martillazos, inútil. Rabió, aulló, amenazó, lloró, imploró, inútil. La falsa risa ocultó su desesperación. Desfalleciendo de hambre salió a pedir ayuda. Los ciudadanos, sin darse cuenta de que sus gestos eran de angustia, volvieron a carcajearse. Regresó tristemente aceptando morir en estado de inanición con esa cara de alegría. Al cesar de esforzarse en retirar la mueca se puso a pensar por qué le había sucedido aquello. De pronto comprendió. Con energía renovada destrozó las novecientas noventa y nueve máscaras anteriores. Cuando no quedó una sola entera, la carátula risueña se le desprendió de la piel como un pez muerto. El hombre invisible, desde entonces, aceptó vivir sin cara.

Educaciones

Una señora rica le enseña a su hijo lo feo que es ser sucio. Una señora pobre le enseña a su hijo lo bello que es ser limpio.

Secretos de familia

Se tragó vivos a sus dos hijos, pero no pudo digerirlos. Pegando la oreja a su panza de embarazada, el viejo escuchaba los insultos de los dos prisioneros: «Estaremos aquí para siempre, devorando lo que comes y absorbiendo lo que bebes. Te envenenaremos con nuestros excrementos». Trató de vomitarlos, pero ellos se aferraron de sus tripas y poco a poco lo fueron consumiendo. Murió convertido en un paquete de pellejo y huesos. Los tragados, siempre dentro, comenzaron a pelear por esos restos. Uno ahorcó al otro, se apoderó de la piel y llenándola por completo fue al dormitorio de su madre, que dormía con las piernas abiertas. Le excretó el cadáver de su hermano, vociferando para despertarla: «¡Toma, vieja asquerosa, aquí tienes a tu preferido!». La mujer se le echó encima, rogándole que la poseyera. «¡Tienes que hacerlo, por algo eres mi marido!» Él le dejó caer a los pies la piel de su padre y huyó con terror pánico de ser tragado otra vez.

Acreedores

Juntaba cráneos humanos. Tenía noventa y nueve, colocados sobre pedestales de mármol negro: una calavera por cada año que había vivido. Murió centenario, pidiendo que lo enterraran junto con su colección. Así se hizo. Sus numerosos hijos tuvieron que montar guardia, día y noche, frente a la tumba para alejar a los esqueletos descabezados que acudían de todas partes exigiendo, con insistentes tronidos de huesos, la devolución de su cráneo.

El salvador

Su madre olvidó sobre la cama una pequeña toalla con sangre menstrual. La mancha rojoscuro formaba una cruz. «Es el amuleto con que mamá fabrica los niños» pensó el chico, y se colocó entre las piernas la toalla mágica. Corrió a encerrarse en el escusado. Se quedó allí sentado, esperando, hasta que le dolió el estómago. Cerró los ojos y expulsó algo denso. «La cruz lo hizo.» Tiró de la cadena sin querer ver lo que el chorro se llevaba. Escondió el amuleto debajo de los soldados de plomo. Esa tarde, en la iglesia, murmuró al oído de la Virgen: «Ya conozco el secreto... Ahora, tú y yo, vamos a llenar el mundo de Cristos».

Buscando lo esencial

Un escritor demora diez años en terminar una novela. Luego decide eliminar de ella todo lo superfluo. Trabaja otros diez años, al cabo de los cuales sólo le queda la palabra COCODRILO.

El laberinto inundado

Se encontró irremediablemente perdido en un laberinto que tenía el piso lleno de agua. Al verse reflejado en ese espejo líquido, pensó: «A mí me va mal, pero a mi reflejo le va peor. Si yo no salgo, él tampoco lo hará». Aquel pequeño consuelo pudo alegrarlo. «¡Además es más débil! ¡Si le lanzo esta piedra, se disolverá!» Con una risa cruel arrojó su proyectil. Esperó que el reflejo se deformara. Éste, intacto, lo observó desde la superficie. Sintió una intensa vibración, las paredes se llenaron de ondulaciones, su cuerpo explotó en un cardumen de manchas enloquecidas. Antes de perderse en la nada, pudo darse cuenta de que su mundo había sido una ilusión acuática y de que, en realidad, el reflejo era él.

Anomancia

Dándose cuenta de que los repliegues del ano eran tan personales como las líneas de la mano, inventó una nueva técnica adivinatoria. Sentaba al consultante, con las nalgas desnudas, en una fotocopidora. La imagen anal así obtenida la inscribía dentro de un círculo zodiacal. Hacía entonces una lectura del futuro extremadamente precisa. En las arrugas más profundas podía ver el pasado.

Noche de bodas

Ella se quitó la peluca, entonces él se quitó el bisoñé. Ella se quitó un ojo de vidrio, entonces él se quitó otro. Ella se despegó una oreja de caucho, él también se despegó una. Ella se sacó la dentadura superior, él se sacó la dentadura inferior. Ella se desatornilló el brazo y la pierna izquierdos, él el brazo y la pierna derechos. Dando pequeños saltos, se ayudaron a caer en la cama. Allí, pegados el uno al otro, sintieron que, gracias a su gran amor, formaban un solo ser.

El premio

- Te concedo un solo deseo. Piensa bien y pide lo que quieras.
- Que ese deseo sea yo el que pueda concederlo y que seas tú quien lo pida.

Narcisa y la bestia

Ningún pretendiente era lo suficientemente hermoso para ella. Una noche un poeta de aspecto horrible se pegó un espejo en la cara y fue a declamar ante su balcón. La bella descorrió la cortina a regañadientes. No escuchó el delicado poema pero vio su imagen en la máscara plateada. «Eres el hombre que he estado esperando. Tu belleza me subyuga. Llévame contigo, por favor», le rogó. «Sólo si sacrificas tus ojos te hago mía», le respondió él. La virgen, sin vacilar, hundió las uñas en sus pupilas. El monstruo se despegó el espejo de la cara y pudo por fin besarla.

El Cimbrín

El Cimbrín es un pajarillo gris, habitante de las grandes ciudades, que fabrica su nido en el parachoques de los automóviles mezclando barro con gasolina. Pájaro antisocial, abandona a la hembra después de fecundarla y sus hijos se alejan del nido tan pronto como rompen el cascarón. A causa de su desagradable color gris, nuestro Cimbrín es atacado por las otras aves. No habría sobrevivido si no fuera porque posee una sola pluma azul. El pajarillo, sin darse cuenta de que esa pluma es chica, se comporta como si todo animal la viese y envidiase. Emplea la mayor parte de su tiempo en lavarla, mostrarla y admirarla. Para habitar escoge autos de lujo, picotea a los perros bravos haciéndolos huir, roba el alimento a otras aves, goza con su soledad. En cierto período de su vida, la única pluma bella comienza a perder los filamentos. El pájaro frota sus ojos contra el parachoques. A medida que el tiempo pasa la caída acelera y el Cimbrín hace gestos bruscos, el movimiento de sus patas y alas aumenta, canta cada vez más fuerte, llegando, en algunos casos, a opacar el sonido de la bocina. La pluma azul se convierte en un eje óseo. El Cimbrín deja de comer, se oculta en su nido, cierra la única abertura y espera... El nido, reseco por falta de cuidado, se desprende del parachoques y es aplastado por el vehículo que lo albergara.

La frontera

Con el pecho cubierto de medallas regresó el viejo soldado. Arrastrando su pierna ortopédica dejó una larga línea en la tierra. Esa huella iba dividiendo el mundo en dos. Un lado estéril que rápidamente se convertía en desierto y un lado fértil poblado de bosques, flores exuberantes y aves multicolores... El viejo soldado, con el pecho cubierto de medallas, se perdió en el horizonte. Poco a poco el viento y la lluvia borraron esa huella. El mundo recuperó su unidad.

El ladrón de voces

Después de que los policías se llevaron a su hombre, con la consigna de hacerlo desaparecer para siempre, mi madre perdió, junto con la alegría de vivir, la voz. Como un pájaro mudo se paseaba de una pieza a la otra sin querer salir a la calle. Yo, a los ocho años, tenía uno de esos poderes mágicos que los niños guardan como riguroso secreto entre ellos. Mediante una esponja de mar, que aplicaba en la boca de los adultos dormidos, podía robarles la voz.

Salí en el momento más oscuro de la noche y me introduje por la ventana en una casa de donde emergían profundos ronquidos. Era una muchacha obrera que, junto al montón de uniformes caquis que había tenido que coser, respiraba con la boca abierta, convertida en piedra. Le introduje la esponja en la boca y le extraje la voz. Cayó en mis manos un pajarillo invisible aleteando angustiado como si añorara un nido protector. Lo encerré en mi caja para galletas y corrí hacia mi madre. Por suerte ella también dormía con la boca abierta. Estrujé la esponja en su garganta y el pajarillo, con frenesí desesperado, se pegó en sus cuerdas vocales.

Cuando mi madre despertó, una voz, tan aguda que rompió un vaso de vidrio, se escurrió como un hilo metálico de sus labios. «¡No quiero vivir, no, no quiero!» Esa frase se repitió incesante, por más que ella se tapó la boca para impedir su paso. Estallaron los otros vasos, los vidrios de la ventana, un florero, los focos de treinta vatios y el único espejo, pequeñísimo, que mi madre conservaba en un rincón del baño. Esperé a que se durmiera, se la extraje y corrí a devolver elavecilla deprimente.

En la estación de trenes vi tendido en un banco, abatido por la borrachera, cubierto por papeles de diario que celebraban un triunfo militar contra los anarquistas, a un ferrocarrilero cesante. Le apreté las narices para que abriera la boca y le robé un largo ectoplasma que por breves momentos se pareció a un gato montés.

Mi madre, en la mañana, comenzó a amenazar con gritos roncacos: «¡Pacos asesinos, los voy a matar a todos y también al bellaco que los manda!» Por primera vez en un año, abrió los postigos y comenzó a lanzar hacia la calle imprecaciones en contra del glorioso ejército nacional. Los vecinos, aterrados, pasaban de largo haciéndose los sordos. Yo moví una mano empuñada con el dedo gordo estirado hacia mi boca para hacerles creer que mi madre había bebido más de la cuenta. Una yerbatera, temiendo que llegaran los

carabineros, le dio a mamá una infusión que la hizo dormir en pocos minutos. Le extraje el gato furioso y lo devolví a su aguardentosa guarida.

¿Qué hacer entonces? ¿Qué voz robar para abrir las puertas de ese corazón clausurado? La urgencia me condujo al riesgo. Me introduje por una claraboya del lupanar. Un caballero encogido como león sobre una señora a medio vestir daba frenéticos caderazos. Con los ojos cerrados, él, rugiendo de verdad, y ella, imitando alaridos de placer, no se dieron cuenta de mi presencia. Aproveché la gran abertura de los labios pintarrajeados para extraer una voz que salió parecida a una enorme ostra. Apenas la injerté en la garganta de mi madre, ésta se despertó y en enaguas como estaba salió corriendo a la calle para golpear en las puertas vecinas gimiendo: «¿Qué es una mujer sin su hombre? ¿Conocen los canallas que me lo desaparecieron ese atroz vacío que llevo entre las piernas? ¡Ardo, me ahogo, me convierto en un molusco!». Me la devolvieron amordazada y encordada como una larva. Me desesperé, tanto deseaba que la alegría volviera a reinar en nuestro hogar. ¿Acaso yo no le bastaba? Apenas llegaba del colegio barría los pequeños cuartos, hacía de comer, salía al centro a mendigar, volvía siempre con un poco de dinero y, además, a causa de la buena circulación de mi sangre, podía dormir con ella acurrucado junto a su fría panza como una bolsa de agua caliente. ¡No, yo no le bastaba!

Decidí, como último recurso, robarle la voz al cura. Era un flaco fanático, siempre enojado porque por culpa de los comunistas, aparte de unas viejas empolvadas, ya casi nadie iba a su parroquia. Lo encontré disimulando una siesta sentado en el confesionario. Pude hurtarle un fluido oscuro semejante a un zapato. Con cierta repugnancia lo introduje en la garganta de mi madre. Ella se puso de pie sobre la cama, alzó los puños hacia el techo y comenzó a insultar a nuestro buen Dios lanzando una y otra vez, como rencorosos puñales, las dos mismas palabras: «¡Viejo injusto!».

Temiendo que el Señor, ofendido, enviara a los milicos para que también a ella la desaparecieran, le devolví su zapato al cura. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Extraje mi propia voz! Surgió como una viborita y se enroscó temblando entre mis dedos. Sentí que una araña sorda y negra se anidaba en mis cuerdas vocales.

Mi madre se despertó con una sonrisa de niña, limpió la casa, hizo de comer, jugó a las muñecas y habló y habló y habló alegremente durante años. Nunca se dio cuenta de que yo estaba mudo.

El cura-monasterio

No tengo sotana. Vivo dentro de un tarro en el patio del convento. Los monjes me lanzan un pedazo de pan. A veces dentro del pan hay queso. El domingo, antes de que lleguen las visitas, me hacen salir del tarro para que vaya a esconderme al bosque. No me alejo mucho. Me subo a un cerro y vigilo. Sé que el monasterio tiene los cimientos podridos. Por eso no debo cejar. Si detengo mis esfuerzos y dejo de contraer los músculos del vientre, comenzaré a desplomarme por el campanario. Tic-tac, son las dos.

Cuando llegué era un simple cura. Un día comenzó a trizárseme un ladrillo. Salí del tarro, medio sonámbulo, me dirigí a uno de los muros, enyesé la quebradura y se me alivió el dolor.

Luego empecé a sentir las murallas. Una plaga de ratones cavando galerías me hizo sufrir con sus mordiscos antes de que llegara a acostumbrarme. Aún toso. También me molestó el peso de tanto crucifijo y los clavos de aquellos cuadros con ángeles, enterrándose en mi estuco cual alfileres en la médula de los dientes. No podía comer el pan: me acostumbré.

La torre y los cimientos vinieron después. Sentir las campanas agitándose dentro del hígado fue una felicidad que pudo únicamente ser destruida por la carcoma que devoraba mis cimientos.

Comprendí mi labor: día y noche debería velar para no desmoronarme. Que mi campanario, que mis paredes, que mis pisos no se sumerjan en el abismo depende de mi resistencia. Contraigo el vientre. Yo soy el cura-monasterio. Debo luchar.

Los monjes dicen que no soy cura. Cuando les digo que me duele un vitral, se ríen. Cómo explicarles que sé exactamente el número de pasos que dan sobre mis baldosas. Explicarles que siento debajo de mis costillas sus vueltas y revueltas bajo las sábanas. No me creen. Ayer bebí cuatro litros de vino. Salieron al patio dándose golpes en el pecho y gritando: «¡Temblor de tierra!». Al que se ríe más, le dejé caer una cornisa en la tonsura.

Ellos piensan que el monasterio es eterno. Yo sé que voy a morir. No estoy loco: yo no digo que soy el monasterio. (Me refiero a su materia.) Soy la conciencia de él. Al mismo tiempo existo como hombre. No es complicado. No tiene nada de raro. Si me embriago, el monasterio tiembla. Si el viento atraviesa las ventanas, me dan escalofríos. Mis colegas tratan de salvar sus almas. Yo lucho para que los cimientos podridos no se derrumben.

El ruido de sus plegarias me produce grietas. Les he propuesto que recen pensando. Han cantado más fuerte. Justo debajo, hay una trizadura que hará hundirse el altar. El dolor lo tengo en un riñón. Son ellos los que me están destruyendo con tanto moscardoneo, tanto crucifijo, tantos cuadros, tanta agitación bajo las sábanas. Son ellos los que me alimentan mal. Son ellos los que mañana me derrumbarán.

Es domingo. Ha venido con su hermoso uniforme militar el Presidente de la República, seguido por veinte caballeros de la aristocracia y muchos soldados. Estoy más enfermo que nunca. Se han puesto trajes de gala. Parecen vestidos como para un baile. Ya no doy más. ¿Por qué no me tocó ser cura-volantín o cura-hierba? Habría sido delicioso sentir el aire puro de la altura agitando mi simple papel de color o la tierra dulce apretando, tibia, mis raíces.

No tengo dudas sobre lo que soy. No obstante, experimento el deseo de probar, a ellos y a mí, tangiblemente, que soy el monasterio. Aquí hay algo que está mal. Uno: si no me decido a relajar el vientre, jamás caerán las murallas y nunca podré tener la prueba. Dos: si me decido a dar el mortífero paso, a costa de la destrucción tendré esa prueba. (Soy hermoso; bajo la lluvia mis tejas brillan como escamas de salmón.) ¿Pero si las murallas, a pesar de mi acto, no cayeran?

No dejaría de ser lo que soy. Probablemente no sea aquel monasterio sino otro idéntico que puede estar en cualquier parte. Además, ¿es necesario que exista un monasterio «real»? Me basta saber que si dejo de contraer los músculos del vientre, yo, yo mismo me elimino.

¡Arde, bruja, arde!

La monja estaba siendo quemada viva. Un mendigo, acosado por el frío, había llegado a la iglesia pidiendo albergue. Porque no tenía con qué hacer un fuego para calentarlo, la monja quemó una virgen de madera. Ahora el abad, viejo reseco a quien nadie había visto sonreír, la quemaba a ella, acusándola de comunista sacrílega. Ardió la pira, ardió su cuerpo, ardió su cuerpo, ardió su cuerpo, ardió su cuerpo, pasaron las horas, los días, tres semanas, y la carne siguió echando llamas sin consumirse. Las noches de la aldea ya no eran oscuras, los gallos no cesaban de cantar, los vecinos no podían dormir. Formaron filas, se pasaron baldes llenos con agua para empaparla, el incendio no cesó. Así, lanzando lenguas de fuego, la arrojaron a un pozo que colmaron con arena. De ese profundo sepulcro emergió un calor intenso que atrajo moscas, arañas y víboras. Decidieron desenterrarla. La encontraron aún en llamas y además viva. Le rogaron que dejara de arder. Sin decir una palabra caminó hacia la iglesia, bajó del púlpito al abad y lo estrechó contra su pecho. «¡Entra en Su corazón!» Cuando el viejo se consumió sin dejar cenizas, ella dejó de arder. Tomó una escoba y, como de costumbre, se puso a barrer el piso. Los aldeanos le llevaron pedazos de leña temiendo que algún otro mendigo llegara a pedirle albergue.

Eugenia

No hay artes mayores ni menores. Cada obrero debe hacer un arte de su oficio. ¡Soy un artista! Maquillar muertos no es fácil: primero, el maquillaje debe ser imperceptible; segundo, tiene que dar un aspecto de salud y optimismo; tercero, reproducir exactamente los rasgos del cliente... A veces el material llega en mala condición. Color y carácter deben ser restaurados mediante datos que proporcionan familiares y amigos; datos siempre contradictorios. No obstante, yo cumplo mi tarea. Allí donde hay frío y deformación, pongo forma y color. No confío, como otros mediocres de mi oficio, en ojos de parientes, velados por lágrimas o miedo. ¡Soy un artista!... En pocos minutos más se podrá decir «era».

Otro en mi lugar, estaría contento. Creería haber llegado a la cúspide. No es para menos: encerrado en el Congreso, trabajo sobre el cadáver del «Inmortal». Afuera, un millón de camisas verdes esperan que abra la puerta para desfilan junto al «dormido». Ellos no saben. Yo sé.

Ayer, doce curas vestidos de civil me llamaron a la Gran Sede. En una oficina, luego que hube hecho toda clase de juramentos respecto a mi silencio, me revelaron el secreto. Ellos eran el cerebro y el «Inmortal» su marioneta... Es preciso que los camisas verdes sigan creyendo en la supervivencia del jefe. Mi labor es maquillarlo hasta que se vea lo más viviente posible y repetir cada día mi obra de arte sin que nadie se entere. «¡Es fundamental para la causa el mito de la resurrección!», me han dicho. Tengo mi fortuna asegurada. Debería estar contento; no lo estoy. Cuando abra las puertas, firmaré mi condena. También la condena de esta falsa doctrina.

Nunca pude encontrar esposa a causa de mi oficio. Dicen que el olor a muerto emana de mis dedos. De vez en cuando, alguna depravada me busca para besarme las manos. Los pobres me desprecian porque realizo mi obra sobre rostros de ricos. No tienen razón. El rostro de un pobre, vivo o muerto, es casi lo mismo; a veces tienen una expresión más reposada dentro del ataúd que la que tenían en vida. Con los clientes de primera clase la cosa cambia: me traen el material disfrazado con fracs, uniformes, medallas, anillos, bandas, cruces, pecheras y me piden mucho color, mucho optimismo. Cuando quito esas cáscaras para dar el baño de rigor, del bulto imponente que ponen a mi disposición queda entre mis manos un miserable cuerpecito con las más feas

expresiones de terror, maldad, orgullo o avaricia. Ellos sí tienen necesidad de mi arte. Y debo trabajar horas para hacer de sus caras algo decente.

No tengo, por lo tanto, hijos ni amigos; y un oficio como el mío hace amar la vida. Era una tristeza insoportable... De pronto, huyendo de los camisas verdes, llegó Eugenia. La escondí. No la encontraron. Su padre había sido contrario al «Inmortal». El líder, luego de asesinarlo, estaba exterminando a toda la familia. Eugenia tenía siete años y una mirada tan triste como la mía. A partir de aquel momento, la consideré mi hija.

Ella fue feliz conmigo. Yo fui feliz con ella... Me ayudaba a maquillar. Si nos tocaba trabajo un domingo, luego de terminada la tarea, hablábamos como payasos e improvisábamos absurdos diálogos a propósito del muerto, en voz baja para que no nos oyeran los deudos. Un chiste que hacía reír mucho a Eugenia era que colocáramos al difunto sentado en el ataúd, que yo me pusiera detrás, pasara los brazos por debajo de sus axilas y lo hiciera gesticular un discurso sobre el tiempo.

Dos años estuvimos juntos. Le enseñé mis secretos. Nadie sabe que ella —es un prodigio para alguien de su edad— maquilló al cardenal Barata. Trabajo le costó hacer, de la atroz mueca de escepticismo y desprecio, una sonrisa beatífica... La mirada triste de Eugenia no cambió nunca. Sin embargo, su sonrisa, aún después de que los camisas verdes la mancillaran, resplandecía como el sol. No soy poeta: afirmo que su sonrisa era para mí como el sol. Pero el «Inmortal» no se apiadaba del sol ni del universo entero. Recuerdo que dijo: «Si Dios baja a la Tierra y su nariz no me gusta, a Dios mismo lo mando fusilar».

Delatar, ¿qué impulsa al hombre a este acto? Ni lucro, ni envidia, ni venganza, ni espíritu de justicia. Creo que la delación es un instinto. Y el amor, ¿por qué nos conduce al riesgo? ¿Acaso la felicidad no puede encontrarse sino junto al peligro mortal? Al final salía con Eugenia durante el día, íbamos al trabajo cantando, asistíamos a los desfiles con antorchas, jugábamos a la rayuela frente a los cuarteles de camisas verdes... Fue normal: nos delataron.

Reconozco que el líder era un genio teatral. Me llamaron por teléfono. «Dos clientes... Viejo matrimonio... Entierro de lujo... El rostro del caballero para usted... El de la dama para su ayudante...» Llegamos a la dirección indicada. Un lacayo, demasiado altivo para su oficio, se alejó con Eugenia dejándome en una pieza. No había cadáver. Sólo un féretro vacío para niño... Quise abrir la puerta. Estaba encerrado. Oí risas obscenas y ruido de botas. Esperé... Cuando me lanzaron el cuerpo de Eugenia gritando «¡Es tu turno!», no quise comprender. Realicé sobre su carita el maquillaje de payaso que siempre me pedía y la deposité en el pequeño ataúd.

Encerrado en el Congreso, trabajo sobre el «Inmortal». Afuera un millón de camisas verdes esperan que abra la puerta. Mi obra está terminada... Firmaré mi condena de muerte. También la condena de esta falsa doctrina:

—¡Entren, camisas verdes, vean!

El perro de Ptois

Ptois se sintió orgulloso y tenía por qué estarlo: después de pacientes estudios había descubierto lo que luego se llamó «El perro de Ptois». Descubrir algo nuevo en el sagrado filme Noches de amor en Bombay era prácticamente imposible.

El pueblo de Lexgopol, único sobreviviente de las guerras prehistóricas, había eliminado la imaginación (fuente de todo mal) desde hacía muchos milenios. Por medio de lobotomías generales fue suprimido el instinto del juego. Se produjo una raza burocrática capaz de vivir sin nostalgia de cambios o aventuras.

Siguieron pasando los años. Cuando el General Supremo preguntó por qué el suicidio diezmaba al noventa y cinco por ciento de la población, se le explicó que aquello era una especie de equilibrio nervioso, ya que jugar constituía un aspecto esencial de la conducta humana. Entonces el mandatario dio la orden de restaurar lo lúdico. Pero todos los juegos, obras de teatro, libros, filmes, habían sido borrados de la memoria colectiva y de la realidad. Así como al hombre prehistórico le era imposible razonar, le era imposible al lexgopolita crear cualquier cosa. La imaginación estaba perdida para siempre.

Fue un acontecimiento salvador cuando de las sumergidas bodegas de un trasatlántico de la época bárbara se extrajo un proyector de cine perfectamente conservado y la cinta Noches de amor en Bombay, hablada en inglés antiguo. La única posibilidad de entretenimiento estaba en aquella tira de celuloide.

El filme se proyectó precedido por una ceremonia militar y científica que, al cabo de bien calculados minutos, se hizo religiosa. Se escribieron centenares de tratados sobre la psicología y los trajes de los actores, el maquillaje, el decorado, las características de los personajes, el giro idiomático arcaico, el tipo de gestos. Cuando no quedó ninguno de esos temas por agotar, se estudió la personalidad de cada anónimo figurante, se hicieron recuentos de objetos, se inventariaron los cuchillos y tenedores que aparecían en la escena del claro de luna y a cada uno se le bautizó con un nombre distinto, se calculó la medida de las prendas y de los calzados.

Cada vez que se catalogaba una nueva cosa, los ciudadanos acudían otra vez al templo óptico para observarla detenidamente. «¡Hoy, presentación de un ave blanca que vuela en el ángulo superior derecho!» Al llegar al paso del pájaro, se detenía la película, se pronunciaban discursos y hablaban los sacerdotes cinéfilos. A veces se catalogaba con su

correspondiente número una mancha del celuloide. Ésta se reproducía y adornaba el salón principal de los ayuntamientos. Luego pasaba a engrosar las páginas de la Gran Enciclopedia de Noches de amor en Bombay. Se celebraban concursos. (Podían participar sólo individuos capaces de disertar acerca de un mínimo de cincuenta mil detalles.) Al cabo de tantos años de búsquedas, cada milímetro cuadrado estaba inscrito y había dado origen a salmos, ensayos y toda clase de exégesis. Esto redujo el suicidio colectivo a una cantidad normal.

Ptosis era un ciudadano de grandes ambiciones. Estaba decidido a pasar a la posteridad. Durante diez horas diarias en el espacio de treinta años observó el filme. Pudo por fin ver, por entre las rendijas de un canasto de mimbre que aparecía en el fondo del mercado, los movimientos de un cuerpo opaco. Logró reconstruir su forma y demostró que era la de un perro. Profundizó el estudio y catalogó la raza canina. Un foxterrier escondido ahí por su dueño, un extra que, según lo demostró Ptosis, era el mendigo bautizado como «Aparición de relleno en el milímetro veinte por ciento seis del mercado».

El orgullo embargó a Ptosis. Se le condecoró en el búnker presidencial, se le obsequió un retrato del General en tres dimensiones y recibió el homenaje carnal de cientos de ciudadanas... Hasta que Kmosis, tan ambicioso como Ptosis, logró demostrar que ese perro era sólo la sombra del figurante «El fumador de marihuana» del milímetro doscientos tres por quince.

Se borró a Ptosis de los tratados, se demolió su estatua y se hizo irrisión de su nombre. De este lamentable hecho nació una frase muy usada por los ciudadanos para prevenir esfuerzos vanos: «¡No vayamos a descubrir un perro de Ptosis!».

La idea

Antes de que la idea apareciera, yo creía ser feliz. Trabajaba en Investigaciones. Filas de conspiradores, con toda seguridad comunistas, a quienes no distinguía por los rostros sino por las tarjetas de identificación que les colgaban del cuello, esperaban llegar a mí. ¡Blandiendo un punzón eléctrico y una pistola negra, yo era la obligada meta!

Siempre me esmeré en reventar lentamente cada testículo o pezón, aunque para ello tuviese que retardar varias horas el avance de la fila. Por amor a mi oficio, adquirí técnicas que me permitieron obtener confesiones semejantes a poemas. Secretamente alimentaba yo la creencia de que el Supremo estaba enterado de mi habilidad y que, al término de cada jornada, se reunía con su Estado Mayor para admirar las fotografías de mis obras de arte. (Para abrir un tórax de tal manera que semeje una magnolia roja, se necesita un buen gusto extremo.) Estaba orgulloso. Eso era antes. Ahora estoy vomitando.

La cosa empezó por mi culpa: hacer desaparecer a un fulano se me había hecho rutinario. Con el apoyo del Alto Mando, mandaba borrar su acta de nacimiento y todos los demás documentos oficiales, amén de su cuenta bancaria, su registro telefónico, etcétera. Esto parece complicado pero era relativamente simple. Bastaba un telefonazo para poner en marcha la red desaparecedora y en menos de cuarenta y ocho horas el criptocomunista se esfumaba. Bueno, le quedaba el molesto cuerpo. Yo mismo, en cómodos fines de semana, cuando podía ausentarme de la capital en forma discreta, los liberaba casi a todos de esa carne ya carente de significado social. Un hombre sin papeles es un fantasma. A veces era en el desierto, otras en playas deshabitadas o en bosques del sur. Mejor no amontonarlos en promiscuas fosas comunes. Un desaparecido no puede formar grupos, tiene que irse al agujero, solo, sin encontrar ojos que al verlo lo definan.

Ellos mismos tenían que cavar su fosa. Es curioso cómo cada uno abría un hoyo diferente: a veces eran rectangulares; otras, a causa de que les temblaban las manos, informes. Los había profundos y grandes, como si fueran a contener una vaca, o tan pequeños que me veía obligado a cortar al muerto en dos para que cupiera. Es curioso: los que ejercían una profesión intelectual cavaban fosas de muy poco fondo.

No hay mucha diferencia entre la muerte de un conejo y la de un hombre; basta un golpe en la nuca y se acaba la comedia. Bueno, el golpe no lo daba con mis puños sino

con un bate de béisbol, por higiene. Luego los cubría con piedras y tierra, punto. ¡Desaparecidos para siempre!

Sí, borrar a un fulano se me había hecho rutinario. Pero este día de verano, en Investigaciones, la cola de tantos inculpados para caber en la sala debe formar una espiral. El aire se vicia. Apenas puedo introducirles las ratas hambrientas en el ano. Por el interior del pantalón, a causa de mi vientre sudado, se desliza la pistola. Me inclino para recogerla. ¡Sucede aquello que causa mi perdición: acude una idea!

Fue como si un sol inoportuno surgiera en mi cabeza iluminando recuerdos, órdenes inscritas, antiguas creencias. Al erguirme, sentí que mi calavera era un cofre relleno con diamantes venenosos. Esa sensación me produjo tal disgusto, que oculté mis ojos con gafas oscuras por temor de que alguien descubriera lo que llevaba incrustado en el cerebro. Al lado de aquella idea, mi pretérito se presentó como un magma nauseabundo; a pesar de todos mis esfuerzos me fui avergonzando de mis mediocres conceptos y, al fin, encontré ridícula mi pasión por hacer desaparecer ciudadanos en forma perfecta.

«He sido de una abominable debilidad; debo fortalecerme. ¡Así como tuve esta idea, la puedo eliminar!»

Solicité un largo permiso al Comité de Tortura. Me fue concedido con una facilidad que no dejó de herir mi orgullo. (Sobre todo cuando supe que colocaban en mi puesto a un burdo ex boxeador.) Semanas estuve encerrado forzando mi cerebro. Me incliné innumerables veces. Me tendí de espaldas en la cama mirando el techo o boca abajo con la cabeza colgando al borde del somier. Nada sucedía. Fracasaron las mojas en el ceño con agua caliente, el golpearme el mentón con un puño, azotar mi nuca con un zapato.

Dentro de mí, la idea brillaba como una tarántula incandescente. Me di cuenta de que había algo ajeno queriéndome utilizar como instrumento.

«Ella no ha sido creada por mí. Cuando me incliné, vino de otra parte a mi cerebro para anidarse en su centro hasta destruir mi vida. ¡Impediré que surja de mi boca! ¡He de olvidarla!»

Meses estuve tratando. Comí poco; me sumergí en los cinematógrafos; participé en desfiles religiosos y políticos; memoricé la nueva Constitución; recurrí al alcohol, a la morfina, al embrutecimiento sexual. Vanos esfuerzos: ¡olvidé hasta mi nombre, pero la idea no perdió su nitidez!

Como último recurso pensé en degollarme. Sin embargo, la duda me retuvo. ¿Era ése el medio de eliminarla? ¿Y si después de que yo muriera el ex boxeador, torpe, dejaba caer cualquier cosa, las pinzas muerde-senos, por ejemplo? Al recoger mi cuerpo, los empleados de la funeraria se inclinarían. Catorce veces por semana, un hombre baja la frente al atar y desatar los cordones de sus zapatos. ¡Todo el mundo inclina la cabeza varias veces al día, por diferentes motivos! ¿Quién me aseguraba que, una vez libre de mí, la idea no aparecería en otro cráneo?

Guardé la navaja.

«Tengo la sensación de que juega conmigo. La única manera de eliminar esta cosa monstruosa es hacer lo que tan bien sé hacer: desaparecerme.»

Seguí todo el ritual: di el telefonazo maestro y la red se puso en acción. En menos de

cuarenta y ocho horas me convertí en un don Nadie. Al sábado siguiente tomé el automóvil y me fui a una playa abandonada llena de algas. Allí, desnudo, dejé surgir mi asco. Después de unas tremendas arcadas vomité los huesos del pie derecho; luego los del otro pie, seguidos por los fémures, la osamenta púbica, la columna vertebral que surgió como un gusano blanco, las costillas, los brazos, el cráneo, en fin, mi esqueleto entero. Convertido en un montón informe, vomité las tripas, el estómago y las otras vísceras. Luego fueron los músculos, la grasa, las arterias y venas, los nervios, y por último, como una gran hoja muerta, la piel. No quedó boca ni nada. Miento: quedó palpitando entre las algas, como un pez que agoniza, la maldita idea.

Aliviado, entré en el mundo de los desaparecidos. Lo encontré vacío. Al esfumarme yo, ellos, saliendo del olvido, comenzaron a aparecer.

Maestro inútil

Caminó por esa ciudad en la que todos los habitantes se apresuraban a entrar temprano en sus casas para que no los sorprendiera el toque de queda. Tenía infinitas respuestas, pero no encontró a nadie que quisiera hacerle una pregunta.

Campo de concentración

El prisionero estira sus dedos y con trazos digitales forma un laberinto por donde su alma vaga buscando una salida.

Después de la guerra

El último ser humano vivo lanzó la última paletada de tierra sobre el último muerto. En ese instante mismo supo que era inmortal, porque la muerte sólo existe en la mirada del otro.

El paso del ganso

Gracias a Dios no nací pobre. Mi familia me ha enseñado a despreciar a esos rotos que no nos dejan comer en una terraza de los cafés del centro sin tratar, haciendo indignas muecas de tristeza con sus caras simiescas, de que les regalemos la costilla que está en nuestro plato. Mi padre, vestido de impecable gris, camisa blanca y corbata discreta, tiene la decencia de mantener siempre una billetera llena y, por lo mismo, un espíritu satisfecho. Las proporciones de su cuerpo proclaman sin innecesaria ostentación la calidad de su cuna. Su cabeza cabe exactamente ocho veces en la altura de su cuerpo. Sus ojos están en la exacta mitad de su cabeza. Su costado derecho es idéntico al costado izquierdo. Si con una sierra se lo dividiera a lo largo, esos trozos serían idénticos.

El 18 de septiembre, nuestra Fiesta Patria, con su voz ni muy aguda ni muy grave, mi padre me dijo:

–Si somos lo que somos y tenemos lo que tenemos es porque nos hemos rodeado de empleados que saben defendernos. Te llevaré al hemiciclo del parque marcial para que veas desfilar a nuestro glorioso ejército.

Protegido por la sombra de un kiosco, allí estaba el Presidente rodeado por sus ministros; él y ellos, perfectamente simétricos. Los soldados, en bloques compactos, filas de veinte de ancho por cuarenta de fondo, cubiertos con cascos en forma de hongo y máscaras de Mickey Mouse, al llegar frente a la tribuna comenzaron a levantar sus piernas a la altura del ombligo para luego depositarlas en la tierra con enérgicos zapatazos. Disimulando una sonrisa de orgullo –toda expresión facial le estaba prohibida–, mi padre musitó: «¡No lo olvides nunca, hijo mío, ése es el paso del ganso!». «¡Suena como una lluvia de balazos, me da miedo! ¿Para qué les sirve?» «¡Aparte de asustar a los piojentos, les sirve para matar a las hormigas!» «¿Pero qué les han hecho las pobres?» «Pues... ¡existir en su camino!»

Por primera vez –a pesar de que yo no tenía nada que ver con las hormigas: mi madre, cada vez que veía una fila de esas obrerillas, por lo general en la cocina, tomaba el lanzallamas doméstico y, reteniendo su furia para murmurar un frío «¡Ladronas!», las convertía en cenizas, sin que en mi corazón estallara una tormenta–, navegó por mi sangre un dolor extraño al que después identifiqué como «piedad».

Soltando la bien formada mano de mi padre, con dedos de largo regular y uñas que

lucían una perfecta y blanca medialuna, pasé por entre las botas de los carabineros, salté las barreras, corrí hacia la pista y, en medio de ella, elevé mis brazos hacia el bloque de soldados.

—¡No levanten las piernas tan alto! ¡No castiguen así el suelo! ¡Piensen en las pobres hormigas! ¡Avancen sobre la punta de los pies! ¡Esquívenlas! ¡Son hormiguitas chilenas! ¡Son nuestras compatriotas!

¿Qué podían hacer esos nobles esbirros? ¿Frenar de golpe para hacerse embestir por el bloque que los seguía? ¿Ponerse a caer como palos de boliche? Por otra parte, ¿podía el Presidente ordenar que su ejército se detuviera, aceptando que un niño era más importante que todas las armas? Optaron por la única solución posible: no verme. Los zapatazos, en su impetuoso avance, llovieron sobre mi cuerpo.

El desfile duró una hora. Cuando el mandatario, sus ministros, los cinco mil soldados y el numeroso público se alejaron del parque, yo quedé en el camino de tierra, convertido en una mancha rojiza, plano como un lenguado. Mi padre, que por vergüenza se había ocultado tras el tronco de un árbol, me recogió y, llevándome oculto, enrollado en el interior de su paraguas, regresó a nuestra casa, en el barrio alto, esperando cruzar las murallas sin que los guardianes, o sus perros, se dieran cuenta de que iba acompañado de un hijo tan indigno.

La cabeza de mi madre también cabía exactamente ocho veces en la altura de su cuerpo, así como también su costado derecho era idéntico al costado izquierdo... Al verme extendido sobre la mesa, poco distinto de un mantel, con su voz ni muy grave ni muy aguda dijo:

—El niño ha cometido una grave imprudencia. Es preciso que los vecinos no se enteren. Vamos al frigorífico.

Acostados sobre mesas de mármol, cien cuerpos simétricos, perfectamente iguales, esperaban mi decisión.

—Previendo el futuro, gracias a nuestra fortuna, felizmente hemos reunido un muestrario completo para que no te quejes, como un hijo de piojentos, de haber desaparecido a la primera destrucción sin que te haya sido ofrecida la oportunidad de elegir...

Los examiné uno a uno; los medí, los observé de lejos y de cerca, por delante y por detrás, me hice espejo de su expresión única; dudé. Mis progenitores comenzaron a resfriarse. Los cuerpos simétricos de mis cuatro abuelos irrumpieron en el frigorífico.

—Es preciso decidirse, sapito aplastado. Si continúas así, nos dará una pulmonía.

—¡Elijo mi propio cuerpo, en el estado en que esté!

—¡No puede ser! —susurró mi madre.

—¡No puede ser! —susurró la madre de mi madre.

—¡No puede ser! —susurraron los otros tres abuelos.

—Piensa, hijo mío, que todo el mundo dirá que no tenemos los medios de proporcionarte un cuerpo simétrico —tartamudeó mi padre, muy a su pesar.

—Si se te da la posibilidad de tener un organismo nuevo cada vez que destroces el anterior, agregando a la obligatoria solución el gusto de la libre elección, tienes el deber

moral de aprovechar la oportunidad. ¿No te das cuenta de que la familia haría el ridículo si en Vida Social aparecieras tú, entre nuestros cuerpos decentes, como una hamburguesa pisada por un elefante? –recitaron todos, sustituyendo los lamentos por opacos estornudos.

Mi madre se desmayó.

–¡Basta de hipocresías, denme el cuerpo ideal que me tienen reservado!

La familia contuvo un suspiro de alivio.

Abrieron una heladera de lujo. Envuelto en papel dorado había un cuerpo regular, con una cabeza que cabía exactamente ocho veces en su altura, con ojos en la exacta mitad de la cabeza, con el costado izquierdo idéntico al derecho.

Me despojé lentamente de mi cuerpo plano y me puse el nuevo.

La familia me bendijo:

–Que Dios multiplique el dinero que posees. Que encuentres la esposa–espejo que te conviene.

–Gracias –contesté con una voz ni muy aguda ni muy grave.

La vida continúa con su habitual monotonía. Nos levantamos a la misma hora, comemos juntos sin hacer ruidos con la boca, acumulamos los cheques que nos envían los aterrados locatarios, apagamos las luces a una hora conveniente y dormimos conectados al computador onírico que disuelve las pesadillas. Todos dicen ser felices, menos yo. Constantemente resuenan en mis oídos los zapatazos del paso del ganso. Escondido bajo las sábanas y mordiendo la almohada, trato de apagar los sollozos. «¡Pobres hormigas!»

Ilusión equina

Un gran guerrero domó a un caballo salvaje y montado en él conquistó ciudades, países, continentes. Al fallecer su amo, el animal anunció con gran orgullo: «¡Yo continuaré la conquista!», y se lanzó al ataque. ¡Lo mataron en pocos segundos y dieron su carne a los perros!

¡Muera la luna!

El Supremo Dictador tuvo un mal sueño:

Convertido en ratón, temprano en la mañana, observando su sombra, se sentía inmenso. Royendo paredes de cemento, violaba despensas para devorar kilos de queso; trepaba hasta las terrazas donde lo esperaban sabrosas frutas puestas a secar; ahuyentaba palomas no desdeñando devorar sus raciones de alpiste. Sin embargo, poco a poco iba perdiendo la seguridad y a mediodía, durante un instante, chillaba aterrado creyendo que el cielo iba a caerle encima. Luego, milímetro por milímetro, la confianza en su propio poder aumentaba. Más feroz que nunca, asolaba graneros, fecundaba hembras, perseguía a machos más débiles, hasta que el sol naufragaba en el horizonte. Al quedarse sin sombra, se daba cuenta de que era muy poco, que apenas existía. Queriendo acercarse a la luna, para que su luz le diera extensión, se lanzaba hacia el fondo de un pozo. Parecía ahogado.

Dando resuellos roncós, se despertó furioso. De inmediato ordenó lanzar un cohete que desintegrara a la luna.

La vendedora de lámparas y narices

En aquella ciudad ninguna casa tenía ventanas. Las habitaciones eran cubos negros. No se conocía la luz. En las calles corrían ríos de tinieblas porque la atmósfera contaminada formaba un escudo impenetrable a las caricias del sol. Los habitantes de ese mundo no tenían nariz. Sintiendo felices, habitaban en la sombra sólo preocupados de trabajar para llenar su estómago y satisfacer sus deseos sexuales... Un buen día apareció una anciana que gritaba: «¡Vendo una lámpara y una nariz!». Un ciudadano que por allí pasaba se sintió atraído hacia la extraña mujer: sus ojos relumbraban en la negrura como dos luciérnagas. Compró la lámpara y la nariz. Cuando quiso pagar, la anciana se negó a recibir el dinero. El hombre regresó rápidamente al cubículo. Apenas cerró la puerta, un insoportable olor se le metió por las fosas nasales para zaherir su cerebro. Encendió la lámpara. Lo que él creía una pieza hermosa, limpia, tranquila, era un nido de arañas, basura, alimentos podridos, muebles apolillados, capas de grasa, excrementos de rata. ¡No pudo permanecer en ese asqueroso lugar! Recorrió las calles hasta encontrar a la vieja. «Bruja, ¿qué hizo con mi elegante mansión? Antes yo vivía bien, como todo el mundo, pero apenas me puse su nariz y encendí la lámpara, esos dos objetos cambiaron mi mundo. ¿Por qué tanta maldad?» La señora respondió: «¡Tu mundo no fue cambiado: es así! Antes no te dabas cuenta y creías estar bien en un sitio que tarde o temprano te hubiera destruido. Cuando se adquieren nuevos órganos y se hace la luz, sufrimos porque nos vemos como somos realmente y no como imaginamos ser. Ahora que sabes cuál es tu realidad, debes abrir ventanas, matar parásitos, limpiar paredes, desinfectar el lugar y serás feliz. ¡Entonces dale la lámpara y la nariz a otro ciudadano, como lo hice yo!».

El héroe y el idiota

El tirano masacraba poblaciones enteras. Los que lograban escapar se hacían guerrilleros. Entre ellos se encontraba un hombre que era incapaz de manejar un arma y se dedicaba a la cocina. Un día encontraron en una aldea devastada a un niño moribundo. Como no tenía padres, decidieron abandonarlo allí. El inepto se opuso y quiso adoptarlo. La criatura sobrevivió y fue creciendo. El cocinero le enseñó lo único que sabía hacer: cocinar. Siempre junto al fogón, el muchacho veía a los otros jóvenes aprender con sus padres el manejo de las armas. Acabó por insultar al ignorante: «¡Idiota, mira lo que has hecho conmigo: tengo fuerzas para derrocar a diez tiranos y aquí estoy removiendo el cucharón de tu insulsa sopa! ¡Me das vergüenza!». Y partió en busca de otros guerrilleros. Aprendió a combatir. Llegó a ser jefe. Unió los grupos dispersos. Atacó al tirano y lo decapitó. Vino la paz y junto con ella una epidemia. Al mando de su poderosa armada, recorrió el país quemando las aldeas infectadas. En una de ellas, entre los numerosos cadáveres, gemía un bebé. Nadie quiso acercarse a él por miedo a la peste. De pronto un anciano haraposo saltó por entre las llamas, corrió hacia el niño, se mordió un brazo y lo alimentó con su sangre. El héroe reconoció al idiota de su infancia. Se arrodilló ante él y, por primera vez, lo llamó padre.

El último ogro

Por más que dormitaba junto a la chimenea, vestido con el uniforme de gala, cubierto por la capa de desfile, la colcha verdina y el espeso estandarte de su sección de tortura, pasaba frío los inviernos. Le habían dado un apartamento frente al retén de carabineros para que los vecinos, que se negaban a creer que la vejez lo hubiera fatigado, no temieran por sus niños. El techo bajo de esa construcción moderna lo hacía marchar encorvado. Los centenares de jamones que engrosaban las paredes sólo le dejaban un estrecho sendero que iba del sillón reforzado hasta su inmensa cama. Una larga carta del Ministro de Guerra al Ministerio de Salud Pública, explicando el gran peligro que era mantenerlo en ayunas, le consiguió el alimento solicitado. Cada jamón –devoraba uno diario– salvaba a un niño. En agradecimiento por ese favor permitía que, de diez a once de la mañana, conducidos por sacerdotes y oficiales, lo visitaran grupos de escolares que le ofrecían, tímidos pero fascinados, algunos chocolates. Él los aceptaba para disimular la saliva que le llenaba la boca ante la fragancia de esas carnes tiernas... Así, insatisfecho, el resto del día le era insoportablemente largo. La música no podía servirle de consuelo porque, por más que se esmerara en hacer gestos delicados, sus grandes manos destrozaban violines y teclados. Ni pensar, con ese hipócrita Gobierno Democrático, que lo dejaran divertirse descuartizando a un reo político. Su gran compañía podrían haber sido los libros, pero, por vergüenza de solicitar unos lentes enormes, ocultó su miopía. Cuando los cadetes de la Escuela Militar iban a observarlo, tomaba la Biblia y, con una sonrisa beata, fingía leer, como si esa actividad sustituyera ampliamente la ausencia de la ogresa que le hubiera podido ayudar a construir una agradable familia de verdugos.

La noche anterior a la visita anual del Presidente y la Primera Dama –venían a otorgarle un medallón de plástico imitación de oro como premio por una virtud que los psicólogos oficiales habían bautizado «ovejidad conquistada»–, tuvo un mal sueño. Se vio vestido de San Cristóbal devorando a una niña de cinco años. Le comió todo, menos los dedos de las manos y los pies. A cada una de esas veinte extremidades la escondió dentro de unjamón. Murmuró una frase: «Con la esperanza de alivio, no se siente el padecer». Se despertó salivando. Miró sus racimos de jamones y se puso a llorar.

Cuando llegó el Presidente con su comitiva, no pudo levantarse del sillón. Solamente lanzó, como saludo, un gruñido, pequeño para él, ensordecedor para los visitantes. Esto hizo que la Primera Dama, a la que correspondía el honor de colgar del enorme cuello el medallón, se le acercara temblando de pies a cabeza. El intenso olor a adrenalina, los ojos demasiado abiertos y los vellos erizados de la señora, despertaron en el ogro una voracidad que creía para siempre sepultada. La tomó por los brazos y en un santiamén se los arrancó. Luego, de una tarascada, le cortó la cabeza y la trituró. La comitiva, lanzando al suelo al Presidente, pasó sobre su cuerpo tratando de llegar a la puerta. El ogro los cosechó como si fuesen uvas de un apetitoso racimo. Le bastó menos de un cuarto de hora para comérselos a todos. Después de relamerse y eructar satisfecho, se dio cuenta de lo que había hecho. Mil sirenas ulularon en su cerebro y todos los condicionamientos pacíficos le patearon el alma. «¡He dejado al país sin gobierno! ¡Qué atrocidad!» Llorando lágrimas del tamaño de una paloma, comenzó a lanzar por la ventana sus jamones. Cuando las paredes quedaron desnudas y abajo el ejército, saliendo de la sorpresa, apuntaba hacia él todas sus armas, recogió los trajes desgarrados y los zapatos de sus víctimas y salió a la calle. Cayó de rodillas, rompiendo los adoquines. Sus lamentos hicieron vibrar los edificios. La multitud y los soldados, sin atreverse a hacer un gesto ni pronunciar una palabra, observaron su doloroso y sincero arrepentimiento. Un general comenzó a dar la orden de fusilarlo. El Vicepresidente que, por fumar un cigarrillo, no había entrado con el séquito presidencial al apartamento del ogro, lo interrumpió: «¡Alto! Este hombre no es un criminal, es un justiciero. Ahora puedo revelar que el difunto Presidente estaba robando el oro del país, enviándolo en sacos llenos, acompañados de la Primera Dama, por vía diplomática, a una cuenta bancaria en Suiza. Como el alto mando recae ahora en mis manos, nombro a don Virgilio González Vargas (ése es su nombre, si no me equivoco) Verdugo Nacional. ¡Todos aquellos políticos que se aparten del democrático sendero, serán devorados por nuestro patriótico ciudadano!».

Hasta los ciento diez años, sin necesitar jamones, bien alimentado, gordo como una montaña, el ogro vivió una vida apacible recibiendo, a cada apetitosa ejecución, los aplausos del país. Murió en su inmensa cama haciendo el saludo militar. Lo enterraron con el largo ataúd cubierto por la bandera nacional... Al día siguiente de su deceso, estalló el caos en toda la República.

La bolita

Por exigencias del protocolo, un rey que tiranizaba sin piedad al pueblo tenía que salir de su fortaleza en una carroza de oro, recorrer la Avenida Central hasta el parque en donde lo esperaba su ejército, y rendir honores a la bandera. Tanto era el descontento que su régimen rapaz había sembrado, que el tirano temía por su vida. Sus secuaces tomaron todas las precauciones imaginables: el mandatario fue cubierto con una malla de acero; la carroza, rodeada por lanceros montados a caballo; el camino, bordeado por espadachines para impedir que el pueblo se acercara al carruaje dorado. En los techos y ventanas se distribuyeron miles de arqueros prestos a lanzar sus flechas al menor gesto sospechoso. Cerraron las vías de acceso y sólo dejaron entrar ciudadanos que habían sido celosamente registrados. Para rematar estas cautelas, colocaron escudos en la carroza y un techo de acero... ¡Comenzó el desfile! La multitud, aterrada, no osaba mover un dedo. Un anciano que estornudó fue atravesado por cien flechas... El hijo de un guardián, sentado junto a su padre, jugaba a las canicas mientras éste vigilaba a los espectadores. El niño, al ver ese imponente y amenazador carruaje, se asustó tanto que dejó caer una de sus bolitas. Ésta rodó por entre los cascos de los caballos y fue a dar justo debajo de una rueda que, al pasar sobre ella, rebotó y salió de su eje provocando que el carro se volcara y que el tirano pereciera aplastado bajo el peso de sus blindajes.

El piojo del coronel

Un piojo, muy humilde, sólo conocía la aridez de la cabellera de un soldado raso. No se quejaba de su suerte –sus antepasados, durante generaciones, habían vivido en esos páramos– y, conociendo sólo pelo apestoso, era incapaz de aspirar a un sitio mejor. Quiso el destino que el coronel pasara revista a la sudorosa tropa. El piojo, emocionado, levanta una de sus patas delanteras para él también hacer el saludo militar; entonces un viento repentino lo sacó de su hediente albergue y fue a depositarlo en la cabeza del coronel. El insecto se llenó de orgullo. «¡La armada está bajo nuestro mando!», exclamó. Y una cálida sensación de poder embargó su corazón. Desde ese día despreció a sus congéneres. Es más, rogó al cielo que sujefe los exterminara por sucios y feos. Aferrado a la fragante cabellera, se sintió dueño del mundo, obedecido por todos. De pronto estalló un motín y los soldados, con lanzallamas, quemaron al coronel. El piojo, a pesar de gritar innumerables veces «¡Soy inocente!», murió tan achicharrado como la cabeza que lo albergaba.

El león y el burro

Por unanimidad, el león fue nombrado Emperador de la Selva. Al comienzo el digno cargo lo llenó de orgullo, pero a los pocos días se angustió. En todos los claros y rincones estallaban crueles batallas. Nadie podía caminar con seguridad por los senderos. Al caer el sol, los animales se encerraban temblando en sus madrigueras. Muchas especies habían dominado el secreto del fuego y mantenían brasas ardientes dispuestas a quemar la selva si fuera preciso, aunque la mayor parte de sus habitantes pereciera... El Emperador llamó al burro, su Primer Ministro. Lloró amargamente junto a una de sus largas orejas.

–¡Mi fiel colaborador, nunca tendré fuerzas para solucionar tan enorme problema! ¡Vamos hacia la destrucción!

El burro, con gran esfuerzo, pensó y luego dijo:

–Querido amo, si usted no llega a resolver un problema inmenso, trate por lo menos de resolver un problema pequeño, que esté al alcance de sus fuerzas. ¿Puede ordenar la selva entera?

–¡No!

–Trate entonces de ordenar el área en la que usted vive.

–¡No puedo –contestó el león– porque hay tantas envidias en mi corte que no logro organizar un ejército!

–¡Entonces, ordene su corte!

–¡Imposible! ¡Hay tales disputas en mi propia familia que no tengo tiempo de pensar en otras cosas!

–¡Entonces, oh Majestad, solucione los problemas de su familia!

–¡No puedo, pedazo de burro, porque yo mismo me debato entre las ansias de servir a mi pueblo y el deseo voraz de comérmelo! –y la fiera saltó sobre su Primer Ministro. El burro, mientras era devorado, pensó: «Esto me pasa por tratar de mejorar al león antes que a mí mismo».

Íntima tarea

Un señor quiere limpiar, con una tarjeta de visita, la abertura trasera de su elefante. Apenas comienza la íntima tarea, se da cuenta de que la exigua cartulina es insuficiente porque el arrugado círculo exige más bien la página doble de un periódico. Careciendo de tanto papel o no queriendo buscarlo, el caballero decide coser la salida hasta dejarla del tamaño de una moneda de cinco centavos. Entonces con toda facilidad realiza la limpieza... El intestino del paquidermo, carente de escape apropiado, acumula materias pestilentes que, al fermentar, hacen estallar al animal entero. Uno de los trozos aplasta al señor y el resto de ellos ensucia e infecta la noble casa.

El minibar

Cuarto de hotel: una puerta con muchas cerraduras, una cama, una silla, un minibar. Se abre la puerta, entra un botones, pequeño, casi anciano, cubierto de pecas, cargando una maleta. La deposita en la silla y se inmoviliza. Entra el cliente: un viajero cubierto con un abrigo lleno de polvo de cuyo cuello levantado emerge un rostro tan común que es imposible describirlo y mucho menos memorizarlo. El botones estira su única mano. La palma está manchada con sangre, al parecer, de pollo. El viajero le deposita una moneda. El manco, a falta de cola, agita sus nalgas. Balbucea:

–Gracias, señor. Apenas salga yo, cierre las chapas. Son automáticas, permanecerán cerradas toda la noche hasta las siete de la mañana. Como usted no podrá salir, debajo de la cama tiene una bacinica. No intente telefonar, los alquimistas enemigos han cortado las líneas. Si observa estas instrucciones, dormirá tranquilo, fuera de todo peligro. Buenas noches, señor.

El viajero, con una voz que parece venir de años anteriores, le responde:

–Gracias, muchacho, buenas noches.

El botones sale. El viajero, desparramando pequeñas nubes de polvo a cada gesto, cierra las chapas. Surge de cada una de ellas una corta marcha militar. Luego, silencio. Un silencio rancio, pútrido, que parece enrollado en vendas. El viajero verifica si puede abrir otra vez las chapas: le resulta imposible hacerlo. Lanza un resuello con ecos de cofre agujereado que pretende ser de satisfacción. Abre su maleta, saca una botella de licor en forma de pierna femenina, un vaso de metal fabricado con el culo de un obús y se sirve una porción. Bebe, hace una mueca, como si le picara la lengua. Deja colgar entre sus labios el apéndice seco en el que se aferran algunas recalcitrantes costras de barro. Se dirige hacia el minibar e intenta abrirlo. No puede.

–¡Mierda! ¡Se equivocaron de llave!

Levanta el teléfono que está junto a la cama. No funciona. Lo sacude, lo golpea. Se detiene. Habla para sí mismo, con una voz desprovista del menor vestigio de ternura.

–¡Idiota, ya te dijeron que las líneas estaban cortadas!

Va hacia la puerta. Intenta abrirla. No puede. Se exaspera. Patea las jambas. Se detiene.

–¡Cretino, ya te dijeron que ibas a estar encerrado hasta mañana!

Se sienta en la cama. Bebe otro trago. Tiene escalofríos que al sacudir el abrigo lo sumergen en un halo de polvo.

–¡Puaj, sin hielo, sin soda, vomitivo, insoportable!

Levanta el colchón, sacude la cabeza para eludir el hedor a sudores enmohecidos y extrae una tabla del catre. Va al minibar y comienza a tratar de abrir la puerta usando la tabla como palanca. La madera se quiebra. Desesperado, con gestos de vieja nerviosa, busca bajo la cama y saca la bacinica. Forcejea con el asa y logra abrir, entre risas de triunfo, el minibar.

De inmediato, saliendo del interior del mueble, surge el ulular atronador de una sirena de alarma. El viajero, aterrado, cierra la puerta del minibar. Ésta se abre inmediatamente y el aullido metálico aumenta. Golpes violentos remecen los muros. La voz de alguien que habla por megáfono se agrega al ulular de la sirena.

–¡No intente huir! ¡Abra inmediatamente o disparamos!

–¡Lo siento, no puedo: las chapas no funcionan en la noche!

–¡Deje de resistir! ¡No mienta! ¡Abra!

–¡Ya se lo dije: no puedooo!

Una violenta explosión abre un agujero en la puerta. Tres policías armados con ametralladoras, corazas y cascos, irrumpen en la pieza.

–¡Arriba las manos, ladrón! ¡Un movimiento sospechoso y le volamos la tapa de sus hediondos sesos!

El primer esbirro hunde el cañón de su arma en la boca del viajero. El segundo se coloca guantes de cirujano, introduce las manos en el minibar y detiene la bocina. El tercero huele la bacinica. Ningún olor a orina o excremento. ¡Sospechoso!

–¡Sacrilégio, usted ha forzado la puerta de un sagrado minibar! ¡Grave... muy grave!

–Amigos, nunca quise forzar nada. Me dieron una llave equivocada...

Los policías empurpuran a punta de cachetadas las lívidas mejillas del viajero.

–¡Monstruo, no somos tus amigos! ¡No te servirá de nada mentir!

Llaman por sus teléfonos portátiles.

–¡Traigan inmediatamente la lista del stock! ¡Veremos qué tan cuantioso ha sido el robo!

De inmediato entra el botones agitando una lista escrita un largo pergamino. Se arrodilla ante el minibar y, después de persignarse, examina el contenido contando en voz alta. Esa voz es semejante a la de un muñeco de ventrílocuo.

–Tres sodas, correcto... Un jugo de tomate, otro de mango, otro de manzana, correcto... Dos paquetes de almendras saladas, correcto... Pequeñas botellas de coñac, tequila, gin, vodka, correcto... Los artículos de consumo, intactos... Pero... ¡Oh, oooh, oooh! ¡El muy canalla! ¡Falta lo principal: la piedra filosofal, el disolvente universal y el elixir de larga vida! ¡Nada menos que los tres productos alquímicos!

El viajero transpira. Las gotas, al descender por su frente terrosa, dejan surcos oscuros. Esas líneas hacen que el rostro semeje estar bajo barrotes.

–Señores, aquí hay una confusión. La alquimia no me interesa para nada. Yo quería beber un whisky con soda, eso es todo.

–¡Su excusa no es válida! ¡Todos los ciudadanos tienen el deber de conocer de memoria el código alquímico! ¡Nadie puede alegar ignorancia de ese texto! ¡Decir «La alquimia no me interesa para nada» es declarar, con todo cinismo, ser un traidor!

Los policías se ensañan con el viajero dándole culatazos en el vientre, en la espalda, en los costados, en la cabeza. La sangre que escupe pinta mariposas granates en su abrigo.

–¿Qué hizo con la piedra? ¿Qué hizo con el disolvente? ¿Qué hizo con el elixir?

Un dolor desesperado convierte los lamentos del viajero en aullidos iracundos. Se despoja del abrigo. Su cuerpo aparece cubierto por una túnica semejante a la que luce Jesucristo en los cromos populares.

–¡Perros de mierda, la maldita piedra, el maldito disolvente y el maldito elixir, los famosos tres productos alquímicos, me los tragué!

Los policías y el botones sienten que el piso se les transforma en pantano. Se tambalean como borrachos.

–¡Ah, no! ¡No es posible!

–¡Lo repito, cabrones, me los tragué! ¡Rómpanme los huesos, rájenme el vientre, pinten de rojo este inmundo cuarto con mi sangre! ¡Miserables lacayos, ejerzan su impotente autoridad sobre mi cuerpo!

El viajero, fuera de sí, con el éxtasis que provoca el dolor que sobrepasa los límites de la sensibilidad, avanza hacia los policías abriendo los brazos como si fueran alas de ángel. Éstos, con extraño terror, retroceden. El botones, dando garridos de loro, escapa del cuarto. El iluminado se aferra a un uniforme. Los militares, lanzando alaridos de espanto, lo rechazan con el cañón de sus ametralladoras.

–¡No nos toques, maldito! ¡La piedra que tragaste te otorga el don de transformar los lobos en ovejas! ¡No cambies nuestra ferocidad en caridad, el destino de la patria reposa sobre el odio! ¡Si somos metal vil es por una necesidad estatal, no cometas el error de hacernos oro! ¡Socorrooo!

Los policías intentan huir. El viajero, con una sonrisa almibarada, se interpone entre ellos y la puerta para abrazarlos y acariciarlos. Los tres brutos respiran con la boca abierta, como si se ahogaran, y luchan débilmente, entre terror y placer, por liberarse de tales muestras de incongruente afecto.

–No resistan... Entréguense... Después de la mutación viene la santa disolución...

–Mmmm... Aaah... Pero... ¡Cuidado!... No nos demos al placer... El disolvente universal borrará nuestros nombres, nuestra historia personal... Al perder la memoria nos convertiremos en niños buenos... Dejaremos de servir a la Patria otorgándole nuestro odio... Los millones de falsos alquimistas que se acumulan en las fronteras nos invadirán para hacer de cada hogar un asqueroso horno... ¡No es posible!... Mmmm... Aaah...

Extrayendo con un esfuerzo supremo una energía dolorosa de las ideas implantadas por el deber, los policías sacuden la cabeza, se dan puñetazos en las mejillas hasta ensangrentarlas, se desprenden del viajero y se refugian, acezando con la lengua afuera, en el rincón más oscuro del cuarto. Pronto olvidan su debilidad e intrigan entre ellos.

–¡Monstruo seductor! Es nuestro deber hacerle vomitar la piedra, el disolvente y el elixir...

Los tres, con el tronco inclinado en ángulo recto y la nariz queriendo ser arpon, se lanzan hacia el viajero. Éste, con un gesto imperioso, los detiene. Caen de rodillas, temblando como perros a los que el amo amenaza golpear. Gimen pidiendo perdón. La sonrisa almibarada se transforma en una mueca de implacable cólera.

—¡En castigo por su asquerosa rebelión, ahora mismo, aquí mismo, van a realizar la Gran Obra Alquímica!

—¡Oooh, nooo!

—¡Oooh, sííí! ¡Van a salir inmediatamente del magma infecto de sus egos inferiores y van a llegar a la Conciencia Suprema!

—¡Por favor, todo menos eso! ¡Con las cosas eternas no se juega! ¡La Conciencia Suprema no es nuestra: si la despertamos, nos hará estallar el cerebro! ¡Piedad!

—¡Basta ya! ¡Comiencen su toma de conciencia o los disuelvo!

El viajero estira un dedo índice y hace un gesto amenazador.

Los policías chillan y se apelonan tratando de incrustarse los unos en los otros. Hablan lloriqueando:

—Somos seres complejos y desorientados que no logran saber de dónde vienen, quiénes son, ni a dónde van... Rara vez conseguimos pensar claramente: las emociones y los instintos nos dominan, desconocemos qué es lo que vale la pena en la vida... Quisiéramos llegar a ser superiores a los demás y conocer las verdades que ellos ignoran. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo ponernos en contacto con nuestro propio espíritu para que su fuerza penetre en aquello que llamamos «mi persona»?

—¡Miserables coyotes, después de que se liberen de todas las definiciones, incorporarán la Conciencia Suprema en sus mentes, persuadiéndola mediante la oración! ¡Vamos, cesen de lloriquear y arrojen fuera de sus cerebros malolientes todo lo superfluo!

Los tres policías, con los ojos globulosos, sin pestañear, gritan envalentonados, como si respondieran a las órdenes de un general:

—¡Fuera mi nombre! ¡Fuera mi edad! ¡Fuera mi nacionalidad! ¡Fuera mi definición sexual! ¡Fuera mis ideas! ¡Fuera mis sentimientos! ¡Fuera la tiranía de mi cuerpo! ¡Ven a mí, Conciencia Eterna que me habita! ¡Piensa con mi cerebro! ¡Siente con mi corazón! ¡Vibra con mis instintos! ¡Dirige mis manos! ¡Apodérate de mi voluntad para que ya no esté al servicio de las pasiones! ¡Habla por mi boca! ¡Habla por mi boca! ¡HABLA POR MI BOCA!

Los policías han caído en trance. Moviéndose como zombis se agrupan alrededor del viajero que, igual que ellos, está con los ojos en blanco. Mientras que de la garganta del extranjero surge una voz profunda e inhumana, los militares mueven los labios silabeando sus frases como si esas palabras les surgieran del alma.

—Yo soy el dueño y señor de tu cerebro. Puedo existir en tu espacio personal o proyectarme mediante tu conciencia a diferentes dimensiones. Por permitirme poseerte has dejado de ser un cadáver animado sólo por los impulsos animales, te has convertido en un real ser humano, dirigido en todo por mí, que soy tu esencia imperecedera. Gracias por darme el control y permitir que me manifieste a través de tu cerebro. Yo puedo hacer que por fin el Verbo sea creador de materia. Por ejemplo, voy a decir «¡fuego!» y todo

arderá... ¡Que arda todo! ¡Fuego!

En ese preciso momento, por un milagro o por una avería en la central eléctrica, las luces de la pieza viran al rojo. De la bacinica surge una enorme llama y un humo espeso... El viajero ríe lanzando carcajadas malignas. Los policías, saliendo bruscamente de su trance, aterrados, temblorosos, se pegan a las paredes, arañándolas como si quisieran trepar por ellas.

–¡Noo! ¡Elfuegofinal! ¡Lagehena! ¡La diabólicallamaalquímica que pretende purificarlo todo! ¡Socorro!

En el fundillo de sus pantalones aparece un sol café. Orines anaranjados y densos les corren por las piernas. La palidez de sus rostros se hace verdosa. Es tal su terror que ya casi no pueden respirar.

De pronto entra el botones con un casco de bombero, un impermeable de caucho y un balde lleno de agua. Tranquilo, vacía el líquido en la bacinica. Las luces recuperan su albor. Cesa la llama. Con su voz de muñeco de ventrílocuo, proclama:

–¡El incendio ha sido dominado!

Recuperando el aliento, los policías se arrojan sobre el manco, lo arrastran hasta el rincón oscuro y lo cubren con sus cuerpos.

–¡Por nuestra santa madre puta, cuidado, botones! ¡La piedra filosofal que yace en su estómago le ha dado el omnipoder de la Conciencia Suprema! ¡Si dice «cucarachas», moriremos aplastados por millares de esos deprimentes bichos!

El viajero se agita amenazador dibujando con sus manos laberintos en el aire.

–¡Eso es, carroñas con uniforme, digo «puercos»! ¡Puercos! ¡Quiero aquí una manada de puercos, con sus pezuñas, sus cerdas, sus trompas, sus colas en tirabuzón, sus chillidos de ángel lúbrico!

Los policías, cubriendo más que nunca al botones, se ponen a temblar hasta parecer un montón de gelatina.

–¡Socorro! ¡Cuidate de la invasión de santos puercos, ha dicho el nuevo Evangelio! «¡El alimento preferido del santo puercos es la carne de policía!» ¡Auxilio, severa Junta Suprafederal, ven a rescatarnos!

Por la boca del viajero surge una espesa espuma. La venas de su cuello, de tan hinchadas, parecen a punto de estallar. Su voz se torna aguda como un interminable alfiler.

–¡Puercos! ¡Quiero puueercoos!

El botones, abriéndose paso entre el aterrado montón, sonrío insidioso, estira los dedos de su mano y se abanica.

–¡Pamplinas, camaradas! ¡Este impostor no se ha tragado nada! ¡Lo único que ha hecho aparecer son los piojos que tiene en su cabeza! La verdad es que nos hemos equivocado de habitación. Los tesoros alquímicos están depositados en el minibar del cuarto vecino.

Como si aquello lo protegiera, el viajero se apresura a enfundarse otra vez en su polvoriento abrigo.

–¡Falso! ¡Yo me los tragué! ¡La prueba: dije «fuego» y ardió la bacinica!

El pequeño manco se alza sobre la punta de los pies y proporciona un despreciativo palmetazo en la frente del cliente.

–Borracho imbécil, por aquí abundan las luciérnagas... Tus meados están llenos de tanto alcohol, que la chispa de una de ellas los inflamó. En cuanto a ustedes, crédulos policías, no pierdan aquí más tiempo. Hay un cliente encerrado en el cuarto vecino. Puede ser un espía de los cabalistas...

Se escucha resonar la sirena de alarma de otro minibar. El botones se mesa los cabellos.

–¡Oh, pasó lo que tanto temíamos: un hijo de mala virgen ha violado nuestro minibar! ¡Rápido, vayan y echen abajo la puerta antes de que se trague los sagrados objetos alquímicos!

Tropezando con el viajero y lanzándolo al suelo, los policías, seguidos por el botones, salen corriendo. Se les oye patear una puerta y derrumbarla. El hombre se levanta, sacude su abrigo produciendo una nube de polvo que se extiende hasta empañar todo el cuarto, va a sentarse en la cama. Mira con fijeza su mano izquierda abierta. Dice con solemnidad:

–¡Rosa!

Espera inútilmente que en su palma aparezca una rosa. Llena de aire sus pulmones y grita:

–¡Rosaaa!

Nada sucede. Grita más fuerte aún, repetidas veces, «¡Rosa!», hasta que, exhausto, se tiende de bruces en la cama. Con la cabeza hundida en la almohada llora como un niño. Mientras sus desgarradores lamentos se disuelven en la nube de polvo, una rosa comienza a crecer en la bacinica. El tallo se eleva lentamente. La raquítica luz del cuarto, como atraída por un imán, se concentra en la flor. En la penumbra, el viajero sigue llorando.

Lágrimas de oro

Cuando el extraordinario y feliz fenómeno se produjo, cada miembro de la familia expuso una creencia diferente acerca de su origen. Según doña Luisa, la madre, fue a causa de una libélula dorada que picó al niño en la frente; según don Luis, el padre, el pequeño tragó unas semillas de membrillo radiactivo; según la abuela, viuda, fue porque en la misa, durante el último temblor, la estatuilla de san Jacinto vino a estrellarse en la cabeza de Dominguito; según frater Maurus, tío materno, monje benedictino, casto no sólo de las partes pudendas sino también de los cinco sentidos, el fenómeno se debía a la ingestión de una hostia milagrosa. En fin, según Nicomedes, tío paterno, borracho contumaz, la cosa se había producido porque el muchachito tenía un ángel de la guarda pederasta... Fuese la causa que fuese, el hecho es que una mañana Dominguito se despertó llorando lágrimas de oro.

Don Luis creyó que eran purulencias pero, por su dureza y falta de hedor, tuvo dudas. Las amontonó en una copa y las llevó a la joyería más cercana. «¡Es oro de 24 kilates, es decir puro!», le informó el joyero. «Se lo compro en tal cantidad.» ¡Diablos, el montoncillo de billetes le permitiría pagar el arriendo del apartamento por lo menos durante tres meses! Regresó corriendo para interrogar a su hijo.

–Dominguito, ¿qué soñaste? ¿Tuviste una pesadilla? ¿Crees que si te duermes volverás a tenerla?

Doña Luisa, la abuela y los dos tíos (frater Maurus, enterado por teléfono del milagro, había tomado su moto y acudido de inmediato al dormitorio), amontonados detrás de don Luis, lanzaron, como él, miradas ansiosas hacia el pequeño.

–No sé... no recuerdo... No tengo sueño... Llévenme a la escuela...

–¡Muchacho desobediente! ¡Te hemos dicho que te duermas otra vez!

–Pero si ya dormí toda la noche... Me quiero levantar...

–¡Noo!

El muchacho forcejeó, mas las diez manos de la familia lo obligaron a permanecer acostado. Dominguito se puso a llorar. ¡Dos ríos de lágrimas de oro le brotaron de los ojos!

Los adultos cosecharon el precioso metal cacareando de felicidad. El niño no necesitaba dormir ni soñar; cualquiera que fuera el motivo del llanto, las gotas doradas

surgían igual.

Para probarlo, una vez que hubo cesado de lamentarse, tomado su buen desayuno y preparado cuadernos y libros para ir a la escuela, Nicomedes le dio una violenta cachetada. ¡Oh maravilla, le surgieron otra vez lágrimas de oro! ¡Ñam! ¡A una cachetada por semana podrían vivir como reyes!

Fueron cuatro meses de euforia. Si el golpe en la mejilla era bien dado –calculando, eso sí, no romperle un diente–, producía media hora de intenso llanto, es decir, una fortuna... Se cambiaron a un octavo piso, trescientos metros cuadrados; renovaron, de zapatos a sombreros, el guardarropa; inauguraron un congelador lleno con cuatrocientos kilos de bistec argentino; pudieron lucir una camioneta último modelo. En cuanto a Dominguito, no se le permitieron quejas. Si bien es cierto que a veces su cara amanecía con manchas moradas, en cambio, encerrado en su cuarto, recibía juguetes a canastas llenas.

El problema se manifestó al quinto mes: el niño, acostumbrándose al castigo, no sólo perdió junto con la sorpresa el miedo, sino que también se aficionó al dolor. Cuanto más recio se le propinaba el palmetazo, más grande era su sonrisa.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –canturreó frater Maurus–. ¡El mequetrefe se hizo masoquista! ¡Miren, le pincho la tetera con esta aguja, y no reacciona! ¿No creen ustedes que sería bueno, haciéndole imitar a Nuestro Señor, tomar tres gruesos clavos, un par de maderos y crucificarlo?

–Hermano santo –respondió la madre–, para que la gallina de los huevos de oro siga poniendo, no hay que convertirla en consomé... Mejor sacrifiquemos a Pepo, su conejito de angora.

Ante la presencia del niño, a quien ataron a una silla, con los párpados obligatoriamente abiertos a fuerza de tela adhesiva, se clavó en la pared, patiabierta, al animalillo. Por falta de lanza, la abuela le hundió en el costado un tenedor. Lo dejaron desangrarse y morir, mientras Dominguito lanzaba gritos de horror. Las lágrimas de oro le corrieron sin parar durante una semana. Para calmarlo, después que firmaron el contrato de la compra de un magnífico terreno frente al mar, le regalaron un ratón blanco... que le guillotinaron al cabo de seis meses. (El llanto les dio para construir el chalet costeño.) Lo mismo sucedió con el perrito chihuahua. Sin embargo, cuando quisieron que aceptara un gato romano, lo corrió a patadas. Lo mismo hizo con la ardilla, el chimpancé y la cacatúa... Tuvieron que cambiar de técnica.

Al principio pensaron cortarle la falange de un dedo, pero como recordaron que se había hecho inmune al dolor físico, decidieron torturarlo mentalmente. Don Luis se manchó el traje y la cabeza con sangre de pollo, se acostó en medio de la calle, dejando que un montón de tripas de vaca le asomara por debajo de la camisa. El niño, a los gritos de doña Luisa «¡Atropellaron a tu padre!», salió de la casa, vio al tendido, se puso más blanco que sus calcetines y comenzó a chillar. La abuela y los tíos recogieron en un cuerno de cristal hasta la última de sus lágrimas. Entonces don Luis se levantó riendo, acompañado por el carcajeo de toda la familia. «¡Era una broma, tontito!...» Pero Dominguito no era tan tonto como ellos lo deseaban. La siguiente vez, cuando frater Maurus apareció aplastado por su moto, con un cerebro de ternera junto a su tonsura, él,

riendo, se acercó al falso muerto y lo orinó en la cara.

La familia, desesperada –los negocios, por falta de las preciosas lágrimas, se venían abajo–, perdió el control y ensayó absurdas cosas: sorprender al niño mostrándole degeneradas fotos pornográficas; contratar actores disfrazados de la Momia, Drácula y otros monstruos, para que le gruñeran en la noche empujando las ventanas; amenazar con arrojarlo, en el zoológico, al foso de los leones; en fin, la madre, prometiendo, a causa de su sequedad ocular, cortarse el cuello con una navaja... ¡Nada! Igual a un cuero, el espíritu del niño se había curtido: nunca más algo lo haría llorar.

El mundo real, tanto como el de los sueños, sucede como una danza en la que las casualidades ocurren justo cuando deben: corrió tanto la voz de que el niño lloraba lágrimas de oro, que acabaron por raptarlo. La familia esperó junto al teléfono dispuesta a pagar el rescate que los bandidos exigieran, pero ninguna campanilla resonó durante esos largos días. Faltos de materia prima, seguros de que nunca más volverían a ver a su productor, planearon con inmensa pena vender los bienes tan duramente obtenidos.

Mientras, los llamados bandidos, que eran en verdad un honesto boticario y su mujer, al ver que las aplicaciones de ácido sulfúrico en la planta de los pies no conmovían al niño, decidieron hacerlo llorar con la pobreza. Lo llevaron a una población misérrima y lanzaron un pan dulce en medio de un grupo de haraposos y esqueléticos muchachos. La salvaje pelea que estalló entre ellos, cada uno tratando de apoderarse del exiguo alimento, entristeció tanto a Dominguito que los diques del rencor se le abrieron y comenzaron a correr sus lágrimas, pero esta vez no fueron de oro sino de miel. Una miel más dulce que la de las mejores abejas. Los pobrecillos, felices, le lamían las mejillas –una gota bastaba para alimentarlos todo el día–, y él lloraba y lloraba. La dulce materia sanó a un pobre que apenas respiraba a causa de una infección en los pulmones; a otros les curó la sarna; un paralítico que se untó las piernas pudo andar; cesaron todas las enfermedades. Los boticarios, temiendo ser linchados, no se atrevieron a llevarse de allí al raptado. Por medio de una misiva anónima comunicaron su paradero a la familia. Los padres, la abuela y los tíos llegaron lo más rápido que pudieron, encabezando un destacamento de carabineros. Éstos alejaron a bastonazos a los golosos piojentos y rescataron al precioso niño.

Sentados alrededor de la sólida mesa familiar, mientras imaginaban planes para embotellar las nuevas lágrimas y venderlas a precio sustancioso como panacea infalible, escucharon a Dominguito hablarles con voz de adulto: «¡Queridos parientes, voy a llorar por última vez: mis lágrimas les darán vida eterna!». Otra vez se puso a eyectar gotas de miel. Las ávidas lenguas de sus familiares le lamieron los párpados. Cayeron en éxtasis saboreando tanta dulzura. Poco a poco el manjar los fue paralizando hasta que, muertos, tal como el niño había prometido, entraron en la terrible vida eterna.

Epistemología

Con tristeza, el camaleón se dio cuenta de que, para conocer su verdadero color, tendría que posarse en el vacío.

Zipelbrum

A nadie le importó cuando encontraron su pieza desierta. La dueña dijo: «El de la 13 ha desaparecido». Siguieron comiendo. Un pensionista volcó el arroz sobre su armadura. Mientras limpiaba, un mozo aprovechó para comentar: «Yo sabía que el tal Octavio iba a desaparecer; por eso no me preocupaba de asearle la pieza». Siguieron comiendo.

Octavio, en la universidad, fue mal considerado por faltar a los cursos de Alquimia y Lanza; el profesorado llegó a despreciarlo y el Abad le negó el ingreso al Centro de Investigaciones Fonéticas. No merecía ser rechazado: era un buen estudiante, aunque no de las materias que interesaban a los otros.

Había creado una teoría: «La Voz no surge de las cuerdas vocales ni del aire que las remece. Existe sin que nadie la produzca. Sólo que está prisionera en los músculos de la garganta y depende de la voluntad... Quiero liberarla. Hacer que salga por cualquier parte del cuerpo: por un ojo, por una mano. Conseguido esto, independizarla de mi voluntad. Entonces sonará cuando y por donde ella quiera. Yo la oiré».

Abandonó la Ciudad Universitaria y arrendó un cuarto en una pensión. Como no se asomaba al corredor, llegaron a olvidarlo. El mozo no lo atendía. Su cama se pobló de parásitos y tuvo que acostumbrarse a las privaciones: podía permanecer semanas masticando pan duro y bebiendo agua. Ni siquiera necesitaba dormir; afiebrado, velaba trabajando según sus métodos.

Después de mucho, cuando, como las ratas a un barco derruido, los bichos iban abandonándolo por no tener qué succionar en su piel seca, encontró lo que buscaba. Al roer aquella noche el pan y herirse con la corteza, emitió una exclamación que salió por una pierna. Enloquecido de júbilo, escapó desnudo a la calle... A nadie le importó. Siguieron comiendo.

Octavio, en cueros, no podía ir lejos. Los cubos de madera del pavimento se hinchaban absorbiendo lluvia. Las llaves colgadas ante el gremio de los maestros cerrajeros sonaban removidas por el viento del mar; al mismo tiempo se balanceaban los avisos de neón de las bebidas gaseosas. Detrás de los vitrales, las hijas, junto al teléfono, tocaban el laúd y, lejos, las flores de los naranjos enanos perfumaban el aire revuelto de extramuros, mientras Octavio seguía, con los pies descalzos, caminando sin rumbo y hablando por todas las partes de su cuerpo, incluyendo a las secretas.

Pronto la baja temperatura lo volteó. Cayó ante una puerta carcomida. Lo oyó maese Brumstein.

Maese Brumstein fabricaba a mano sus botines. En seguida los vendía a plazos. Nadie le pagaba más de la mitad del precio estipulado. Cuando iba a cobrar el saldo, se negaban objetando que el calzado era de mala calidad. Si el zapatero insistía, le daban una botella de aguardiente y lo echaban a palos. El anciano regresaba a la zapatería; llorando tragaba el alcohol y, ebrio, llamaba a su dios, Zipelbrum, muñeco de madera con voz humana que un día iba a llegar para darle la felicidad.

Entonaba sus salmos cuando sintió golpear contra la puerta. «¿Quién interrumpe mi oración a esta hora? Iré a ver.» Vio a Octavio tendido. Sintió estremecimientos, comezón de ojos, zumbido de oídos. Con la lengua seca dijo:

—¡Llegó Zipelbrum!...

Octavio tenía la piel tan endurecida, que fácilmente se la podía confundir con madera.

Maese Brumstein introdujo al desmayado, buscó un martillo, lo clavó en la pared, encendió tres velas delante de él y esperó.

Al despertar, Octavio creyó que soñaba. Se encontró clavado en una pieza oscura repleta de botellas vacías, trozos de cuero y hormas de yeso, con un viejo ebrio, de rodillas, que lloraba golpeándose el pecho con un zapato a medio hacer.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¡Tiene voz humana! Habla sin mover la boca: es de madera. ¡Zipelbrum: yo sabía que alguna vez ibas a venir para traerme la felicidad!

—¿Qué felicidad esperas de mí?

—¡Que me paguen las deudas!... ¿Será eso? Si me las pagan tendré dinero. Si uno tiene dinero, es pernicioso embriagarse. Vendrá el burgomaestre y me dará un sermón, vendrá un policía y me impondrá multas; vendrán los vecinos a pedirme que entre al club de los maestros abstemios; me harán la vida imposible y ya no podré beber ni cantar mis salmos... Cierto es que no hay necesidad de salmos pidiendo que vengas porque estás aquí... ¿Qué voy a cantar ahora? Ésa era mi felicidad. Tú me tienes que decir cuál será la nueva.

—No sé qué pueda ser la felicidad para ti estando yo en tu pieza.

—¡O me la dices o te golpeo! —dijo maese Brumstein sacando un látigo.

—¡Créeme, no sé! —contestó Octavio asustado.

—¡Zipelbrum lo sabe todo! —gritó el viejo y comenzó a azotarlo. Vapuleaba con tanta furia que Octavio empezó a quejarse a través de todos sus poros. Estos lamentos enardecieron más al zapatero, quien, bebiendo aguardiente y dando latigazos, amenazaba continuar golpeando durante horas—. ¡Ahora ya tengo qué hacer cuando bebo: azoto a mi señor Zipelbrum!

Este nuevo canto no era místico sino sensual.

Algo pasó en Octavio. Exhausto, había dejado de gritar y, sin embargo, la voz le sonaba a través de las vísceras.

—¡Gracias, maese Brumstein! ¡La Voz se ha liberado de mi voluntad!

El zapatero estaba perplejo. Empezó a buscar. Al cabo de un tiempo se acercó al

cuerpo de Octavio y apoyó una oreja. Sonrió. «¡El canto tiene que ser para mí!»

Tomó un cuchillo y, hundiéndolo en el cuerpo de su dios, lo fue abriendo. Octavio quiso pedir: «Ahora que lo he logrado, no me la quites», pero no tenía voz para decirlo. Ella vibraba libre, como un animal joven.

Abandonó el cadáver de su antiguo amo, recorrió el cuarto, para después salir por la ventana y perderse hacia lo lejos.

Maese Brumstein la oyó alejarse. Bebió un último trago, desclavó los restos, los arrastró al fondo de la casa y, trepándose por el cerco, dejó caer el cuerpo abierto en el patio de su vecino. Siete grandes perros se acercaron.

Maese Brumstein, mientras se disponía a dormir, exclamó:

—¡Ése no era Zipelbrum!

El perezoso

Año tras año el viejo monje tibetano, en su nevado retiro, hacía girar, dormitando, su molino de rezos. Impulsado por una mano flácida, el grueso cilindro giraba y giraba enviando hacia el cielo la vibración de sus letras sagradas. Como Dios premia los esfuerzos y no la pereza, cuando llegó la hora de la muerte, ofreció el cielo al molino de rezos y sumió en el infierno al monje.

Un marido que repta

¿No profundizar lo que está sobre mí; no escrutar lo que es más fuerte que yo; no intentar conocer lo que sobrepasa mi inteligencia; estudiar lo que puedo saber y no preocuparme de cosas misteriosas?... No acepto esa idea. Quiero alzar una esquina del velo. ¡La lucidez, por favor! Sin embargo, innumerables teorías acuden a mi mente, mas nada logro aclarar. ¿Es un experimento de él? ¿Una trampa? ¿Lo hace para no aburrirse? ¿Es preciso reaccionar en otra forma? ¡Esto no tiene sentido! ¡Debe haber una explicación! Rememoraré los hechos. Posiblemente se me ha escapado un detalle que es la clave.

Recibo un mensaje de Emiltik en que me pide que vaya a verlo porque tiene datos importantes. No me preocupo; estoy habituado a las misivas que me envía para comunicarme datos importantes... Antes me precipitaba hacia su casa, perdiendo un zapato en la carrera. (Los zapatos me son devueltos en una caja negra por Manuel-manuel, empleado de Emiltik.) Durante el camino me angustiaba de tener que recibir revelaciones primordiales padeciendo como padezco de una tartamudez auditiva que me hace oír y dej ar de oír en forma intermitente. Llegaba a casa de Emiltik. Me recibía bostezando.

—¿Cuáles son los datos?

—¡Oh, Jonás Papiansky!, me aburría como de costumbre cuando me dije: «Somos seres incomunicados... (no oigo) ...darnos cuenta sólo de algo... (no oigo) ...creyendo que esa miga es el pan entero... (no oigo) ...Tu mujer... (no oigo) ...no podemos hablar, hijo mío... (no oigo) ...¡es el fin!

Y se ponía a llorar apoyado en mi espalda. Soy débil. Influable en extremo. Yo también me ponía a llorar. Estábamos así, lagrimeando e hipando, hasta altas horas. De pronto, Emiltik se interrumpía dando un bostezo:

—Jonasito, me aburro. Debo lucubrar otra teoría...

Y depositándome un beso en la boca me expulsaba. Yo, deshecho, volvía a mi casa. Seguía llorando sin poder dormir. Costilla, mi mujer, me rogaba:

—Por favor, cesa. El catre está inundado. Nos resfriaremos...Yo no podía parar. Amanecíamos mojados y estornudando. Además, cada vez que volvía de escuchar una nueva tesis emiltikiana, encontraba a Costilla cambiada. Si al salir la dejaba delgada, alta,

ojos azules; al regresar podía verla gorda, baja, de ojos negros.

Son incontables las transformaciones de mi mujer. Felizmente el corte de su vestido permanece, aunque el color del género cambie de verde a rojo, de rojo a amarillo, de amarillo a blanco y de blanco a verde.

He aquí por qué no me preocupó al recibir el mensaje. Decido no ir. Me llama por teléfono. Escucho sin dificultad:

–¡Esta vez es urgente, Jonasín! ¡Corre!

Soy débil. Influyente en extremo. Salgo corriendo. Manuel-manuel se acerca trayéndome en la caja negra un zapato de niño.

–Lo perdió hace mucho, fue difícil encontrarlo, señor.

Le doy las gracias. Se marcha. La caja me incomoda. La tiro a un pozo. Llego donde Emiltik. Se me lanza al cuello. Me arrastra al salón.

–¡Qué teoría, Papiansky, escucha... (no oigo) ...mágica!... (no oigo) ...tres personas idénticas que no se conocen... (no oigo) ...demasiado íntimo... (no oigo) ...¡tu mujer, hijo mío!... (no oigo) ...nuestra invariable situación...

–¡Basta, Emiltik! Te odio. Me gustaría poder asesinarte. Otra vez me has hecho venir nada más para contarme una teoría y matar tu aburrimiento. Abandono esta casa en plena desamistad. Adiós.

Decidido, abro la puerta. Emiltik me ataja. Me vuelve a llevar al salón. Se sienta. Me sienta en sus rodillas. Lloro. Oigo sin dificultad.

–Jonás, tú lo has querido. Revelar el secreto. Ah, ah.

Trato de pararme porque me está mojando el cuello con sus lágrimas. Me retiene por los fondillos.

–Abrevia, Emiltik. ¿Cuál es el secreto?

–¡Costilla te engaña!

–¡No!

–¡Sí! Cada vez que vienes a verme, alguien aprovecha tu ausencia para introducirse en el lecho de tu esposa. Me lo dijo el andrógino. En este momento ya deben estar instalados en la cama matrimonial. ¡Sorpréndelos, Jonasillo!

Me expulsa a la calle. Mientras corro hacia mi hogar, bostezando me grita:

–¡Oh! ¡Piensa en mi fábula del alpinista y el conductor de helicóptero!

Soy débil. Influyente en extremo. Me detengo y pienso en la fábula.

«Un alpinista demoró tres días en escalar una montaña, pero, al llegar a lo alto y ver la belleza del paisaje, consideró pagados sus esfuerzos... Un conductor de helicóptero rió:

–Me basta hacer funcionar mi máquina y en un minuto estoy arriba sin cansarme inútilmente.

Así lo hizo. Cuando estuvo al lado del alpinista, le dijo:

–¡No sé por qué encuentras hermoso este insulso paisaje!»

Me dije: «Emiltik tiene razón. Haré lo más difícil posible mi llegada a la alcoba. En vez de correr, reptaré. Arrastrándome, he de obtener el placer del castigo al precio de un enorme esfuerzo». Me tiendo y comienzo a reptar. Por reflejo, quiero ayudarme con las extremidades. Me lo impido. No es lícito. Debo sólo emplear ondulamientos de la

columna vertebral.

Al cabo de algunas horas, llego al jardín de mi casa. Tengo la camisa destrozada. El pasto está recién regado. Me embarro. Estornudo.

¿Qué forma tendrá en este momento Costilla? ¿De qué color será su piel?

Me tocan con un pie en la espalda. Miro hacia arriba. Es Manuel-manuel. Está empapado. El uniforme, transparente con el agua, me permite observar su remendada ropa interior.

–Su zapato, señor. Olí su pista hasta el borde del pozo y luego tuve que bucear para encontrarlo. Nos hemos... (no oigo) ...pertenece al pie izquierdo.

Guiña un ojo mostrándome la caja negra. La deposita junto a mi cabeza. Se va. Empujo el calzado infantil y su urna con la frente, lo que me impide ver hacia dónde voy. Cavo y lo entierro. Continúo reptando. Llego ante una ventana. Trepo. Penetro. Me doy cuenta de que me he equivocado de camino a causa del zapato y que he venido a parar a la pieza del andrógino.

El andrógino me ve. Con su voz de mujer y con su mitad de cuerpo femenino agitándose apasionadamente, mientras la parte masculina duerme, se abalanza sobre mí:

–Jonás, por fin! Te esperé años, pero sabía que ibas a venir. ¡También me amas!

Escucho sin dificultad. Trata de besarme. Escapo. La pieza es grande. Demoro, reptando, en llegar a la puerta. Voy a salir. Me toma de un pie. Apretándome contra su único seno trata de revolcarse conmigo. Observa que tengo el cuerpo embarrado.

–Pobre, qué mal te cuida Costilla. Es porque... (no oigo) ...lavarte.

Va al baño por agua y jabón. Otra vez trato de alcanzar la puerta. Voy a salir. Me agarra de una pierna. Soy arrastrado al centro de la pieza. Me desviste. Comienza a enjabonarme. Me cubre la cara de espuma impidiéndome respirar. Cantando a voz en cuello, me sumerge en una toalla. Seca con tanta fuerza que me desuella. Quiero gritar y no puedo. Termina defrotarme. Me toma del cuello.

–Desde ahora, Jonás mío, juntos para siempre –escucho sin dificultad.

Se me lanza encima. Estoy perdido. ¿Qué hacer?

Una caja negra cae por la ventana. Asoma la cabeza de Manuel-manuel. ¡Ha vuelto a encontrar un zapato!

El andrógino me suelta y se dirige iracundo a preguntarle qué quiere. Desnudo, yo repto hacia la puerta. Hago un esfuerzo supremo. Salgo a tiempo para librarme de su mano, que me quiere coger de nuevo. Se le quiebra una larga uña barnizada de verde. Rápido, me alejo por un pasillo.

Con su inmenso cuerpo convulsionado por los sollozos, me grita:

–¡Has asesinado a la mujer que había en mí! ¡Seré un hombre y jamás...! (no oigo).

La parte femenina se duerme. El costado masculino cierra la puerta mirándome con indiferencia.

Llego ante la alcoba matrimonial. La puerta está abierta. Repto hacia dentro. Avanzo con cautela, llego al lecho y me introduzco. Encuentro a mi mujer acompañada por un señor barbudo que me mira sin sorpresa. No lo conozco, pero su cuerpo me es extremadamente familiar. No sé qué hacer. Costilla, en lugar de ayudarme, enflaquece.

Opto por sacar mi tarjeta del velador y presentarla con la mayor dignidad posible.

El desconocido recibe mi tarjeta, la guarda debajo de la almohada y nada dice. Pasa una hora. Él persiste en su mutismo. No me atrevo a interrumpir sus pensamientos. Costilla está seca, como muerta. Pasa otra hora. Esto se torna insostenible y él no hace ademán de hablar. Dos horas más. Admiro la calma del intruso. Soy débil. Lo admiro.

El cuerpo de Costilla comienza a hincharse. Transcurre otra hora. Costilla sigue aumentando. El otro y yo tenemos que asirnos de ella para no caer. Estamos al borde.

De pronto, a medida que se desinfla, mi mujer aúlla:

–¡Uno más uno más uno es uno!

Como impulsados por los resortes del somier, el barbudo y yo saltamos para darnos puñetazos en el vientre. Nos arañamos el pecho. Nos mordemos la nariz. Nos castigamos simétricamente.

Mi mujer no cesa de aullar. Nos enervamos. Hacemos acopio de nuestras energías y, agarrándonos del cuello, comenzamos a estrangularnos. Pero ocurre algo que nos obliga a cesar: al otro se le desprende la barba y me encuentro ante Emiltik. Como si nada hubiera pasado, bostezando, me dice:

–No profundices lo que está sobre ti; no escrutes lo que es más fuerte que tú; no intentes conocer lo que sobrepasa tu inteligencia; estudia lo que puedes saber y no te preocupes de cosas misteriosas –escucho sin dificultad.

Innumerables teorías acuden a mi mente, mas nada logro aclarar. Permanecemos los tres en la cama, mudos e inmóviles. La mitad del cuerpo de Costilla se parece a mí. La otra mitad se parece a Emiltik. Entre estas dos mitades no hay ninguna diferencia.

¿Ha querido Emiltik aplicar una teoría? ¿Es un experimento? ¿Lo hace por no aburrirse? ¿Es preciso reaccionar en otra forma? Esto no tiene sentido. ¡Debe haber una explicación! Rememorar los hechos... Posiblemente se me ha escapado un detalle que es la clave...

El libro de la muerte

Le dijeron que, si iba a cierta caverna de una montaña de los Andes, encontraría a una anciana curandera que podría decirle, consultando un libro, el día exacto de su muerte.

Después de mucho cavilar, decidió ir a visitarla. La vieja extrajo una pequeña libreta del interior de un cráneo adornado con pedazos de espejo y le comunicó la fatal fecha: sólo le quedaban dos años de vida.

El visitante lanzó un gemido de angustia. Luego sonrió, incrédulo.

–Viejita, ¿cómo va a ser posible que tengas anotada en esa ínfima libreta la fecha de la muerte de los millones de seres humanos que pueblan la Tierra?

–Hijo mío, en verdad aquí tengo escrito sólo el nombre de los pocos que han de atreverse a venir a consultarme.

Misterios del tiempo

Cuando el viajero miró hacia atrás y vio que el camino estaba intacto, se dio cuenta de que sus huellas no lo seguían, sino que lo precedían.

La mejor bicicleta

Un joven solía salir con sus amigos a pasear por el campo en bicicleta. Amaba la tierra fragante, el verde de las praderas, el esplendente color de las flores. Un día se dijo: «¡Mejoraré mi bicicleta para poder viajar por el mundo entero!». Trabajó sin descanso agregándole ruedas poderosas, mecanismos nuevos. Aumentó su ambición: «¡Será la mejor del mundo!». Le dio grandes motores, faros de kilométricos alcances, defensas puntiagudas. Lo que había sido una simple bicicleta era ahora un vehículo más grande que una casa. El joven, envejecido por el continuo esfuerzo, comenzó a cubrir su carruaje con placas de oro. «¡Estos adornos no son útiles, pero provocarán envidia!»

Una mañana de primavera llegaron sus amigos a buscarlo.

—¡Ven a pasear por el campo! ¡Respiremos aire puro!

En la oscuridad de su taller, en medio de los gases de la gasolina, pegado al dorado monumento que había perdido la facultad de desplazarse, el anciano les respondió:

—¡No puedo ir! ¡Tengo que cuidar mi valiosa bicicleta! —llenó la casa de trampas, alarmas, cañones. Desde una ventana enrejada observó las alegres cabriolas de los ciclistas. Exclamó con odio—: ¡Como no tienen nada, algún día van a tratar de robarme la bicicleta! ¡Será mejor que los destruya ahora mismo con mis cañones!

El vampiro subversivo

Al caer la noche, el padre y la madre abrieron la tapa del pequeño ataúd y despertaron a su hijo para contarle, una vez más, la muerte de sus abuelos: por quedarse más tiempo de lo indicado fuera del castillo, la luz del día los sorprendió, convirtiéndolos en cenizas. El muchachito, mostrando sus largos colmillos, exclamó: «¡Los vengaré! ¡Algún día apagaré el sol!». Por un agujero cavado en el muro, hizo salir una manguera con la cual lanzó un chorro de agua hacia el astro rey. A pesar de que el líquido llegaba a alturas increíbles, sus intentos fracasaron. Siguió probando. «¡Por muy lejano que parezcas, te alcanzaré!», amenazó al sol. Sus progenitores comenzaron a burlarse. «¡Estás loco, nunca podrás! Durante milenios el sol nos ha reducido a polvo, ¿quién eres tú para oponerte a una hoguera de tal magnitud?» El muchacho no les hizo caso. Fabricó un carro provisto de vidrios que no dejaban pasar la luz y llevó miles de litros de agua hasta una montaña para, desde la cima, tratar de llegar con un chorro al sol. Fracásó. Siguió tratando. En pleno día, cubierto sólo por un toldo, disparó un cohete extinguidor que estalló en la estratosfera sin alcanzar su objetivo. Los padres aplaudieron: «¡Bravo, nuestro hijo fracasó! ¡Por desobediente, deberíamos correrlo del castillo! ¿Por qué no se conforma como nosotros?». Después de miles de intentos inútiles, el joven vampiro, mirando hacia el sol, que brillaba más que nunca, lloró: «¡Tienen razón: nunca podré apagarlo! ¡Ya no me importa morir!». Y abrió los brazos para dejarse calcinar sin cubrirse de los rayos. ¡Nada sucedió! En la triste oscuridad de la fortaleza, los viejos vampiros se asombraron: «¡Nuestro enemigo no lo daña! ¡Se ha tornado inmune al sol! ¡Qué envidia!».

El loco y el ermitaño

Cansado de la ciudad, el hombre tomó un cayado, una bolsa con pan y se fue a recorrer bosques, valles y montañas. Las zarzas convirtieron su traje en harapos, el sol ennegreció su rostro y las piedras devoraron la suela de sus zapatos. Él, sin preocuparse, perseguía a las mariposas queriendo revolotear como ellas. En la miseria de su aspecto, brillaba una sonrisa. Era tal la alegría de esa expresión, que los mosquitos acudían a chocar contra sus dientes, atraídos como por un foco.

Una noche, el loco pasó frente al tronco hueco en donde vivía un ermitaño. Al verlo, el anciano se inquietó: «Este hombre camina sin mirar hacia el suelo. El terreno está lleno de trampas, de arbustos espinosos, de precipicios. ¡Debo salvarlo!». Le ofreció su lámpara. El loco quiso asir la llama creyendo que era una mariposa más intensa que las otras y, al quemarse, la arrojó lejos. El anacoreta, terco como todos los sabios que siempre quieren terminar lo que comienzan, abandonó su retiro para avanzar delante del extraviado, alumbrándole el camino. Al cabo de un tiempo, miró hacia atrás y se dio cuenta, consternado, de que el loco había dejado de seguirlo. Lo encontró hundido en un pantano, menos preocupado de ahogarse que de salvar a las luciérnagas que guardaba en su puño. El viejo le tendió una rama, lo lavó, lo secó y, cuando volvió a caminar, otra vez le alumbró el paso, pero en lugar de darle la espalda, avanzó retrocediendo... Llegaron ante un precipicio. Como no tenía ojos en la nuca, el ermitaño se precipitó en el abismo. El loco, siempre sonriente, corrió hacia los bosques en pos de un fuego fatuo.

Garras de ángel (Historia pornográfica)

La ceremonia del entierro de mi padre duró interminables horas: el cadáver insistía en salirse del ataúd para ir a bailar con sus viudas. Seis guardianes vencieron su resistencia epiléptica y sellaron la tapa. Regresé sola a la ciudad.

Yo sabía que la casa de mi infancia estaba abandonada; sin embargo, tuve que dirigir mis pasos hacia ella porque me llamaba lanzando por sus ventanas abiertas un denso olor a semen.

No usaba algodones, pero la sangre menstrual, en lugar de escurrirse, se cristalizaba en mi vagina formando un diamante rojo. Junto a la puerta clausurada me esperaba mi padre. Alcé mis faldas y deposité en sus manos el coágulo.

Con ansias milenarias, se elevó por el aire para mutilarse y cubrirme con una lluvia de sangre. «Garras de ángel, ahora eres invulnerable; ya puedes explorar el pasado», me dijo. La voz surgía de la herida abierta como una boca entre sus piernas.

Cuando rompí los sellos y abrí la puerta, a mis espaldas desapareció el mundo. Estaba obligada a avanzar o quedarme para siempre allí, con los talones al borde del abismo, torturada por mis propios deseos, con mi carne virgen clavada en la entrada, transformando la impotencia en goce, sin osar conocer los secretos que encerraban los infinitos cuartos de esa casa... Para siempre allí, paralizada por el miedo, una marioneta de porcelana con los hilos cortados, mi posible puta ardiendo dentro de su piel helada, diosa con los pezones sensibles sólo al asalto de sus propios dedos y en el alma el deseo melancólico de hundir agujas en los testículos de un hombre.

Ese huracán que me precipita hacia el cuarto del fondo del pasillo es el aliento de mi padre. ¡Cúmplase su voluntad, así en su espíritu como en mi carne!

Al entrar en el antiguo dormitorio, desaparecí como espectadora. Fui dos mujeres, una fría y la otra ardiente, acariciándose sobre un colchón en donde zumbaba encerrado un enjambre de abejas... Me tomé en los brazos al mismo tiempo que me fui entregando... Con un cuerpo daba el placer, con el otro lo recibía... Quise recuperar del pecho de mi hija la leche que me había succionado en la infancia... Le ofrecí a mi madre mis senos y mi boca, pero ella en lugar de besarme me dio una dentellada... Luché conmigo misma para no devorarme.

La mitad de mi persona, la parte esclava, se arrodilló ofreciéndome su espalda, en la

que vi tatuado su exiguo ayer. Le extraje por la nuca el centro de esa conciencia en que se acumulaban todos los límites: una llave en forma de infinito. El presente debería abrirse ahora como una indiscutible flor.

Venciendo el temor a la bestia, abrí poco a poco mi sexo. El agua lubricante tanto tiempo acumulada surgió primero como una línea cristalina para, cuando los labios se despegaron por completo, transformarse en un chorro potente. Era un océano sin límites el que se derramaba por mi vagina.

También tenía que transgredir las leyes del mundo, aceptando comer y beber mi excremento y mi orina. Sola no era capaz.

Entonces vino el hombre que conocía la elegancia de la suciedad. ¿Quién era? ¿Mi padre, mi gemelo, mi ideal, la proyección de mi propia masculinidad? Bajo la máscara que lo condenaba al silencio, no había nadie. Todo en él era exterior, tal la imagen de un dios. Al velar su persona, desaparecía el misterio y el secreto era revelado. Ni siquiera el esperma necesitaba yacer en la oscuridad: surgía de su miembro como un arco iris blanco. Mi lengua se hizo discípula de ese duro Maestro.

Él me despojó del terror que desde la infancia llevaba incrustado en mi vientre: dándome de mamar su leche ácida, mi madre lanzaba, entre aullidos de furia, la palabra «¡Ladrona!»... Fui capaz de atravesar cada uno de mis pezones con dos agujas en cruz para ofrecerlos insolentes a la adoración de un beso imposible.

El Maestro, con su mirada, me indicó: «Si quieres llegar a ser lo que en verdad eres, primero debes aceptar que tu carne está infectada por la imagen de aquella que te parió». Era verdad: mi madre, sin darse cuenta de que vivía esclavizada, sumisa, amputada del deseo, me legó su conducta.

El Maestro me ordenó colocarme un sello en el clítoris y cuatro anillos en los fragantes labios. Cuando expulsara para siempre al fantasma, dejando mi cuerpo a la disposición de mis caprichos, justamente entonces debería retirarlos.

Yo tenía que encontrar en su vientre el sitio preciso, enterrarle el largo alfiler haciéndolo atravesar la carne, el pellejo de una víscera y más adentro, hasta rozar un centro vital, en cierta forma acariciar su muerte sin despertarla... En el momento cumbre, cuando el Maestro llegara al placer sublime del dolor máximo, tendría que surgir por la pequeña boca de su pene el grito blanco y viscoso de la vida.

Mientras golpeaban contra los muros de mármol negro las agonizantes larvas de la eyaculación postrera buscando una imposible salida, una voz interior me decía: «Cuando se pierde el rostro se pierde el miedo».

Al perder la identidad, obtuve mi máscara y ese anonimato me hizo emblema de las lejanas tradiciones. Ya estaba a la altura del Maestro.

Nuestras lenguas se entrelazaron como culebras ciegas y del fondo de la historia nos llegó el palpitar atronador de los millares de corazones arrancados en la cima de las pirámides y el exaltante sabor de la sangre humana. Palpé su falo con el respeto que se tiene a un arma asesina. Él me acarició con esa lanza azteca que pronto se convertiría en bisturí.

Bajo un rostro, que ya era una máscara, permanecí secreta, incrustada en la calma de

mi calavera. Los laberintos digitales, como barridos por una brisa insistente, se me fueron borrando. Porque estaba vacía; igual a una copa pulida por un enjambre de lenguas, pude recibir en la palma de mi mano el viviente cetro del poder oscuro. Su fuerza impregnó mis células y me hizo sorda a los cantos de sirena de la antigua moral.

Yo, que por haber sido víctima conocía cada grado bendito del dolor, ahora podía ser verdugo. La prueba es que acababa de cercenar, sin ayuda ajena, mis labios exteriores.

Detrás de mí, el espíritu de ese hombre que había llegado antes al placer impersonal me impulsaba a eliminar la más leve sombra de piedad que pudiera opacar el sol cruel en el que se había convertido mi alma.

En un anfiteatro colmado de discípulos, donde la medicina mostraba su rostro venenoso, el Maestro me ordenó cortar el sexo para después injertarlo como un trofeo en mi pubis.

Ahí estaba yo junto a él, blandiendo el bisturí ensangrentado. Ahora sus órganos me pertenecían. La asamblea enmascarada, pervertida por tanto conocimiento, aplaudía esperando que se cumpliera el rito final.

Con fuerza irresistible me apoyé en uno de sus hombros hasta que dobló las rodillas. Lo obligué a tocar con su frente el suelo lleno de coágulos, le bajé los pantalones, puse al descubierto sus nalgas lechosas y lo violé dando feroces caderazos contra su ano, que se abrió, como una lánguida flor de pétalos rosados, alrededor de mi dardo justiciero.

Todo estaba consumado. Supe por fin que, bajo la máscara de esa multitud de hombres, había un mismo rostro: el de mi padre... Poco a poco mi vientre fue succionando el miembro injertado, hasta que se transformó en vagina. Ya no me aterraba ser adulta. La niña que me poseía dejó de conducir mi vida. Desde entonces, fui el Guía.

El látigo, la vara, los alfileres, la exclusión de sentimientos, la severidad implacable, terminaron por hacer de mi niña una mujer moderna, libre de la debilidad que aportan los recuerdos. Las imágenes del pasado no tuvieron más importancia que hojas de árbol secas... El programa de mi escuela ofrecía un tema único: aprender a vivir. Había un solo profesor: yo misma. Todos los días se estudiaba esta frase: «Hoy, la disciplina».

Creyendo celebrar los ritos inclementes de sus antepasados, ellos iban entrando en mi alfombra mágica para entregarme su voluntad; de esa sumisión dependía el único placer que les era posible obtener.

Al arrodillarse ante mí, paralizados por lazos y nudos, temblaban de miedo porque sabían que yo, en cualquier momento, cambiando las leyes del juego, decidiría devorarles el alma.

Ya podía emprender el regreso. Aunque la puerta estaba sólidamente sellada, los muros comenzaban a crujir anunciando un derrumbe que me llevaría en el río de sus escombros hacia el mundo exterior, el de los otros. Mi cuerpo transpiraba sangre... la sangre del sexo de mi padre. Mi libertad última era desprenderme de ese escudo rojo. Ahora la invulnerabilidad me la podía otorgar yo misma.

Surgí a la luz como una concha de molusco parida por una virgen. Poco a poco atravesé el pueblo, aceptando generosa la glotonería de esos aldeanos que, lanzando lamentos de niño, lamían mis senos. Llegué al cementerio: sobre la tumba de mi padre un

hombre joven había extendido un lecho.

«A través de innumerables muertes te he buscado», me dijo. Mientras yo lo besaba, sus cabellos se fueron transformando en plumas. Ví surgir de su cráneo un par de alas. Los árboles comenzaron a invadir las tumbas. Pronto estuvimos rodeados por una selva virgen. Millares de pájaros, en lugar de cantar, lanzaban quejidos de placer.

Mis ojos, mis oídos, mi tacto, mi olfato, mi carne, mis huesos, mi esencia, se prolongaban en mi lengua.

Recé con ella, imploré acariciando, hasta que el ángel me inundó la cara con su verbo blanco.

Comprendí que el sexo del hombre no era un arma sino un órgano de dicha. No se erguía para penetrar sino para ser absorbido.

Habiendo aprendido a ser libre ya podía aceptar.

Me convertí en un abismo voraz.

Lo cubrí, sabiendo que bajo él no sólo yacía mi padre sino también, por capas sucesivas, mis abuelos y todos los otros antepasados, hasta llegar al modelo perfecto, el primer hombre nacido de la arcilla.

Aquello que mi vagina tragaba con deleite infinito, tenía raíces que se hundían a través de la carne, los gusanos, los huesos, las cenizas, en busca del aliento generador. A través de uno solo, yo era la amante de todos los hombres y por fin de Dios. Cuando el germen del Eterno penetró en cada una de mis células, fue tan grande el éxtasis que el pasado presente futuro huyó cual una perra negra, dejándome convertida en un huevo blanco con forma de mujer. Me desprendí del mundo de las apariencias.

La naturaleza, purificada, se convirtió en desierto. Pude darme cuenta de que, a pesar de haberme liberado de la memoria, estaba aún prisionera de la trampa más antigua: el peso. Ese peso que me hacía hermana de las rocas.

Borré la programación, despegué para siempre los pies del suelo.

Otras energías se apropiaron de mi ser; venían de una dimensión que hasta entonces me había sido invisible. Comencé a transformarme en aquello que siempre había sido. La cáscara blanca voló en mil fragmentos. Extendí mis fulgurantes membranas. Fui perdiendo el miserable lenguaje humano. Mi garganta... conoció... nuevos...

¡Ghan odn ar dbir vahnis dgug dgyud hgzor bzan hdren seeh ehrsta suram satah!

Créditos

Edición en formato digital: julio de 2013

© En cubierta: detalle de *Mirando a los bailarines Hoppi* (1906), fotograbado de Edward Sheriff Curtis

© Alejandro Jodorowsky, 2003

© Ediciones Siruela, S. A., 2003, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-22-7

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Índice	3
Prólogo	10
EL TESORO DE LA SOMBRA	11
1 El conocimiento	12
2 La visión del elegido	13
3 El vidente	14
4 Teoría equivocada	15
5 Ideal loco	16
6 Método piramidal	17
7 Inteligencia	18
8 Deseo concedido	19
9 Velorio	20
10 Último suspiro	21
11 La ruptura	22
12 El encuentro	23
13 La libertad	24
14 Sorpresa	25
15 El más allá	26
16 La última odisea	27
17 Arte marcial	28
18 El arquero	29
19 El tesoro	30
20 Delirio de persecución	31
21 Delirio de grandeza	32
22 Adán, poeta	33
23 El perezoso	34
24 Génesis	35
25 Calidad y cantidad	36
26 El perfume de los ojos	37
27 Fiesta inesperada	38
28 Sueños de grandeza	39

29 Ser y parecer	40
30 De profundis	41
31 Peligros de la enseñanza	42
32 El cielo de los otros	43
33 El verdadero milagro	44
34 Peregrino interior	45
35 El engaño	46
36 Happy end	47
37 Ojos que no ven...	48
38 Crimen pasional	49
39 El investigador	50
40 Amor loco	51
41 El virus	52
42 La libertad	53
43 Un filósofo	54
44 Suicidio fallido	55
45 La solución perfecta	56
46 La nota suprema	57
47 Problema-solución	58
48 El regreso	59
49 Mala suerte	60
50 Pesadilla	61
51 Psicomagia	62
52 Poseído	63
53 La última semilla	64
54 Un cobarde	65
55 Cuento de hadas	66
56 Inversamente proporcional	67
57 Nadie sabe para quién trabaja	68
58 El fugitivo	69
59 Unidad de medida	70
60 Amor filial	71
61 El bufón	72
62 La jaula	73
63 Dentrofuera	74

64	Conservador	75
65	Ausencia	76
66	Propiedad privada	77
67	Nostalgia	78
68	El prisionero	79
69	Las arañas sin memoria	80
70	Gran ego	81
71	La segunda visita	82
72	Pareja ideal	83
73	Las reliquias	84
74	El secreto del vino	85
75	Paciente	86
76	El espía	87
77	Cría perros...	88
78	¿Madre hay una sola?	89
79	El leño no hace al dueño	90
80	El restaurante de los cuervos	91
81	La fe	92
82	Nadie sabe para qué trabaja	93
83	La atención	94
84	El fin de un noble oficio	95
85	Sospechas	96
86	El imposible encuentro	97
87	Vanidad	98
88	Encuentros	99
89	El inmortal	100
90	La ley	101
91	Pretensión	102
92	En la trampa	103
93	Las metamorfosis	104
94	Compensación	105
95	Piedad indiscreta	106
96	El desarraigado	107
97	Necessitas caret lege	108
98	Un feliz acontecimiento	109

99 El técnico	110
100 Karma	111
101 El enfermo y la bruja	112
102 El símbolo	113
103 Amarras	114
104 Prueba de amor	115
105 Confusión	116
106 Rivales	117
107 Persecución	118
108 Catástrofe	119
109 Los piratas	120
110 El devorador de corazones	121
111 Historia de «amor»	122
112 El milagro y el loro	123
113 Amor maternal	124
114 El gran lama	125
115 La tempocleta	126
116 Alumno activo	127
117 El imitador	128
118 El ocaso de un poeta	129
119 La libertad	130
120 El creador	131
121 Diálogo familiar	132
122 Impaciencia	133
123 Dar y recibir	134
124 Querer y poder	135
125 Impresiones subjetivas	136
126 Venganza	137
127 La estrella caída	138
128 Monjes	139
129 La deuda	140
130 El poeta inculto	141
131 La verdad	142
132 Nunca es bastante	143
133 El sabio	144

134 El doble	145
135 Lo mío es mío	146
136 El ahorro	147
137 Las moscas	148
138 El árbol impaciente	149
139 El mal mendigo	150
140 Menos	151
141 La revelación	152
142 Hombrear	153
143 Lección	154
144 Ignorancia	155
145 Koan	156
146 Intercambio	157
147 La meta	158
148 Invulnerabilidad	159
149 Adivinanza	160
150 Infarto	161
151 Un artista	162
152 El poder	163
153 Don Juan	164
154 La verdadera santa	165
155 Las mil caras del hombre invisible	166
156 Educaciones	167
157 Secretos de familia	168
158 Acreedores	169
159 El salvador	170
160 Buscando lo esencial	171
161 El laberinto inundado	172
162 Anomancia	173
163 Noche de bodas	174
164 El premio	175
165 Narcisa y la bestia	176
166 El Cimbrín	177
167 La frontera	178
168 El ladrón de voces	179

169	El cura-monasterio	181
170	¡Arde, bruja, arde!	183
171	Eugenia	184
172	El perro de Ptoxis	187
173	La idea	189
174	Maestro inútil	192
175	Campo de concentración	193
176	Después de la guerra	194
177	El paso del ganso	195
178	Ilusión equina	198
179	¡Muera la luna!	199
180	La vendedora de lámparas y narices	200
181	El héroe y el idiota	201
182	El último ogro	202
183	La bolita	204
184	El piojo del coronel	205
185	El león y el burro	206
186	Íntima tarea	207
187	El minibar	208
188	Lágrimas de oro	214
189	Epistemología	217
190	Zipelbrum	218
191	El perezoso	221
192	Un marido que repta	222
193	El libro de la muerte	226
194	Misterios del tiempo	227
195	La mejor bicicleta	228
196	El vampiro subversivo	229
197	El loco y el ermitaño	230
198	Garras de ángel (Historia pornográfica)	231
	Créditos	235